

— Certamen literario 2020 —

# Sueño de una noche en la Ciudad de Buenos Aires

Antología  
de cuentos



Buenos  
Aires  
Ciudad



Buenos  
Aires  
Presente





**Buenos  
Aires  
Ciudad**

**Jefe de Gobierno**

Horacio Rodríguez Larreta

**Ministra de Desarrollo Humano y Hábitat**

María Migliore

**Secretario de Integración Social  
para Personas Mayores**

Sergio Costantino

**Directora General de Promoción  
e Inclusión Social**

Natalia Muti

# Sueño de una noche en la Ciudad de Buenos Aires

Esta publicación reúne una selección de cuentos creados por personas mayores en el marco del concurso literario “Sueño de una noche en la Ciudad de Buenos Aires”. Nuestra propuesta para esta tercera edición del certamen fue la narración de historias oníricas de ficción —o no— acontecidas en espacios porteños emblemáticos.

Con esta iniciativa, buscamos fomentar la lectura y la escritura y, sobre todo, diversificar los espacios de expresión protagonizados por personas mayores, quienes nos enriquecen con sus saberes, valores y miradas.

Desde la secretaría, agradecemos a quienes participaron de este concurso, felicitamos a quienes fueron premiados por sus obras literarias y esperamos reencontrarnos en la próxima edición con nuevos relatos que nos inviten a imaginar y vivenciar desde la ficción nuestra entrañable ciudad.

**Sergio Costantino**

Secretario de Integración Social para Personas Mayores

# Sueño de una noche en la Ciudad de Buenos Aires

## Índice

Prólogo .....	7
Jurado .....	8

## Antología de cuentos

<b>1<sup>er</sup> Premio:</b> <i>Un Buenos Aires soñado</i> .....	11
Horacio Alberto Lazzarini	
<b>2<sup>do</sup> Premio:</b> <i>Los sueños contraatacan</i> .....	17
María Magdalena Pascual	
<b>3<sup>er</sup> Premio:</b> <i>Los neutrónicos</i> .....	23
Dora Dobosch	
<i>Un día en tu día</i> .....	29
Andrés Norberto Baodoino	
<i>Caballo de aire</i> .....	37
Adriana Irma Maggio	
<i>Estación juventud</i> .....	42
Silvia Teresa Gualdoni	
<i>Apenas cadenas, noche y resplandor</i> .....	49
Virginia Amado	
<i>¡Como si eso fuera tan fácil!</i> .....	53
Raquel María Lio	

<i>Aquel encuentro</i> .....	58
Susana Mercedes Sananes	
<i>Sucesos en Caballito</i> .....	63
Ramona Díaz	
<i>Buenos Aires, aires nuevos</i> .....	70
Mabel Hoyos	
<i>Secretos de la infancia sí tienen importancia</i> .....	75
Lidia Ana Iofik	
<i>Viaje sideral</i> .....	82
María Cristina Borla	
<i>Sueño de una noche de verano. Un momento de placer</i> .....	90
Jorge Pedro Julio Fanesi	
<i>El San Bernardo</i> .....	97
Silvia Scheinkman	
<i>Villa Ortúzar de los Cuarenta</i> .....	102
Mario Czemerinski	
<i>Combinación línea A</i> .....	107
Humberto Rubén Lázaro	
<i>Esa mágica noche</i> .....	112
Alicia Noemí Brenta	
<i>Sueño para armar</i> .....	119
María Beatriz Contratt	
<i>Fito de Buenos Aires</i> .....	129
Jorge Salvador Salama	

# Prólogo

La Dirección General de Promoción e Inclusión Social desarrolla diversos programas y proyectos educativos, culturales y de integración para impulsar una participación activa de las personas mayores. Este concurso literario, que ya lleva tres ediciones consecutivas, es una de las tantas actividades que promovemos desde la Gerencia Operativa de Formación Integral con el objetivo de ampliar los espacios de creatividad y expresión de la población mayor de 60 años.

La literatura estimula la imaginación, nos permite crear historias y fusionarlas con ideas, deseos y vivencias, tanto propias como de quienes nos rodean. En ese sentido, el arte y la cultura son un pilar clave del envejecimiento activo y saludable y, por eso, fomentamos un certamen de cuentos cortos que facilite y potencie la participación de las personas mayores, muchas de las cuales, motivadas por esta iniciativa, se animaron por primera vez a escribir ficción.

El protagonismo de las personas mayores, con su creatividad, es central en este concurso literario, pero no exclusivo, ya que en las tres ediciones planteamos que las historias de los cuentos tuvieran como escenario la ciudad de Buenos Aires. Propusimos en la primera edición, de 2018, relatos que dieran cuenta de nuestra diversidad cultural, y en la segunda narraciones que rescataran mitos y leyendas urbanas. En esta ocasión, bajo el lema “Sueño de una noche en la Ciudad de Buenos Aires”, el certamen incentivó la imaginación de las y los participantes, que nos compartieron, a través de la ficción, experiencias oníricas sucedidas en sitios porteños icónicos.

Agradecemos a las personas mayores por su entusiasmo y creatividad y a quienes integraron el jurado por su análisis y compromiso.

**Natalia Muti**

Directora General de Promoción e Inclusión Social

## Cuentos distinguidos por el jurado del concurso

**1<sup>er</sup> Premio:** *Un Buenos Aires soñado*, de Horacio Alberto Lazzarini

**2<sup>do</sup> Premio:** *Los sueños contraatacan*, de María Magdalena Pascual

**3<sup>er</sup> Premio:** *Los neutrónicos*, de Dora Dobosch

### Jurado

#### Rosa Rodríguez Cantero

Comenzó a escribir poesía luego de los 60 años. Hoy, pasados los 70, su obra se estudia en universidades, revoluciona festivales del género y fue invitada a la próxima Feria del Libro de México, que será virtual. Se expresa con lenguaje inclusivo y es una activa feminista.

*Pólvora en Chimangos* tuvo una edición artesanal y se hizo la reedición en Puntos Suspensivos Editora. Con la misma editorial autogestiva, publicó *El Amor en Tiempos del Pami* y está terminando de armar *Lo senil no quita lo caliente*, que estará disponible en formato digital a fines de 2020. En 2019, además, el sello Galiarte, de La Plata, editó, dentro de una serie llamada *Mujeres x mujeres*, un libro de poemas feministas titulado *Rosa en Verde*.

Se define como escritora, gestora cultural, militante por los derechos humanos, por la legalización del aborto y por los derechos de las personas mayores.

Dirección de correo: [yosyrodriquez@yahoo.com.ar](mailto:yosyrodriquez@yahoo.com.ar)



## **Bárbara Argentina Tarquini**

Licenciada en Psicología, es autora del poemario titulado *Poesía Pretórica*, publicado por el Fondo Editorial Otras Voces y Editorial Catálogos.

Ejerce la Coordinación General del grupo performático de poesía Laboratorio de Letras. Es sombrista integrante de la “Compañía de Teatro de Sombras La Ópera Encandilada”, como así también del grupo “Las Mariposas – AUGÉ –acción de género urbana”.

Participó como Jurado del “7° Concurso Literario Estampas del país”, organizado por la Federación Médica de la Ciudad de Buenos Aires. Fue distinguida como Mención Especial por la Editorial CIEN para integrar la compilación poética titulada *Portales de Fuego*.

Dirección de correo: [tarquinibarbara989@gmail.com](mailto:tarquinibarbara989@gmail.com)

## **Rodrigo Peiretti**

Trabaja en el medio teatral desde 1986: participó en más de 60 producciones teatrales desde distintos desempeños. Sus estudios comenzaron en 1984 con clases de actuación con Guillermo Bataglia y desde entonces continúa estudiando e investigando en los distintos campos de la expresión y maneras del teatro.

Sus primeros trabajos fueron en el cuerpo de Actores Figurantes del Teatro Colón de Buenos Aires, donde trabajó durante 17 años. Como stage manager trabajó, entre otras, para la compañía Tango X 2, creada y dirigida por Milena Plebs y Miguel Ángel Zotto, para el Ballet Contemporáneo del San Martín, para la gira Último Tour, Gracias, de Julio Bocca.

En 1998, estrenó *Cuando los Payasos Sueñan* (Paseo La Plaza), espectáculo infantil que marca el inicio de su creación y producción de espectáculos propios, entre los que se destacan *En la Casa de un Payaso* (Polo Circo), *Ecos del Proceso Sonoro de K.* (El Callejón de los Deseos), y los espectáculos itinerantes que realiza desde hace una década y hasta la actualidad *Guitarra Llorona* y *René Desdibujadxs en el Binomio*.

Desde 2011 es artista voluntario del Centro Cultural del Hospital Borda, en donde crea y dirige el Festival de Variedades, que se ha realizado mensualmente todos los años, hasta que la pandemia lo suspendió.

Blog: <http://rodrigopeiretti.blogspot.com>

Dirección de correo: [rodrigopeiretti@hotmail.com](mailto:rodrigopeiretti@hotmail.com)

## Compilación

**Bárbara Bignone:** Psicóloga Social y Diplomada en Atención Gerontológica Integral.

**Laura Ercej:** Trabajadora Social y Diplomada en Gerontología Comunitaria.

## Edición

**Raúl Fernández** ([raulfernandez950@gmail.com](mailto:raulfernandez950@gmail.com))

## 1<sup>er</sup> Premio

# Un Buenos Aires soñado

11

No puedo asegurar si el relato que conocerán fue soñado o imaginado. Tiendo a pensar que de haber ocurrido, podría ubicarlo en esa esfumada franja entre esos dos definidos estados de la mente. ¿Por qué persiste entonces mi duda? Verán, pueden encontrar elementos de ambos mundos en las líneas que siguen.

Sin saber el cómo ni el por qué, me encuentro de pie en el 1541 de la Avenida don Pedro de Mendoza en el crepúsculo del día, cuando en una mezcla de nube onírica y fantástica alfombra mágica, ciertas figuras me invitan a viajar con ellos.

—Venga, veamos o imaginemos como habrá sido la primera fundación de Buenos Aires por el titular de esta avenida —escucho de alguien.

Accedo y ocupo el lugar que gentilmente me ceden Manuel Mujica Láinez, el doctor Bernardo Houssay, Jorge Luis Borges y Carlos Gardel. Más lejos, detrás o delante o sobre o debajo, en una sección de esa realidad ajena al tiempo y al espacio, hay otras personas que conversan animadamente.

—Póngase cómodo —escucho de Borges—. Vea que lindo está iluminado el puente levadizo de La Boca.

Lo miro con un gesto entre iluso e idiota porque ¡Borges me habla!

—Sí, sí —respondo.

—Ahora veo la Usina del Arte —me dice.

—Qué curioso —responde Mujica Láinez—. Antes generaba energía y ahora cultura, es notable.

—Mujica, por estos lugares imaginaste que, “frente al río, las hogueras de los indios chisporrotean día y noche” —dice Borges.

—Sí, por aquí lo presumí aunque, claro, por entonces no se veía tan bonito —dice Mujica.

—Por cierto, tampoco lo fue cuando me interrogué si ¿Fue por este río de sueñera y de barro que las proas vinieron a fundarme la patria? El río era azulejo entonces, como oriundo del cielo con su estrellita roja para marcar el sitio en que ayunó Juan Díaz y los indios comieron —recuerda Borges.

—Ciertamente, Jorge Luis, ambos entrevistamos un Riachuelo primitivo o salvaje.

—Así fue, aunque dejé testimonio de que, para mí, la fundación fue en mi barrio de Palermo en Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga.

—Jorge Luis, supongo que estás al tanto del cambio ¿No?

—¿A cuál te refieres Manuel?

—Serrano le dio su lugar a tu homónimo.

—Homenaje inmerecido por cierto —Borges.

—Supe lo que dirías —Mujica.

—Falta poco para Avenida Juan de Garay —agrega Borges—. Para vos —dirigiéndose a Mujica Láinez—, debería llamarse la Segunda Misteriosa Buenos Aires.

Mujica asiente sonriente.

El transporte gira por Avenida Juan de Garay hacia el Oeste.

13

—Mire don Borges, nos alejamos de la Dársena Sur pero observe que lindo quedó el Paseo del Bajo —dice Gardel.

—Es cierto Carlitos, pero me gusta más escucharlo cantar Mi Buenos Aires querido.

El no previsto viaje continúa cuando alguien pregunta:

—¿Le pueden decir al conductor que al 3100 de Garay gire a la derecha, por favor?

—Pero ¿quién dirige este vehículo?

—No sé chabón —dice Gardel—. ¡Avivate! Que a este Mundo le falta un tornillo y Araca la cana que al 3100 es contramano a la derecha.

—Pero nadie nos ve Carlitos, somos sólo Ficciones y no será otro el que nos mire que El hombre de la esquina rosada —se emociona Borges.

—Claro, además en este momento Garúa —aporta Troilo desde el fondo de la nube mientras Cadícamo asiente.

—Para mí sería muy satisfactorio si pudiéramos acercarnos al Hospital Milstein —dice Houssay—. La amistad celestial de César con Leloir, alumno y amigo, me recuerda los grandes

momentos de la investigación básica en nuestro país.

—Me gustaría, si hubiera tiempo, pasar Sobre héroes y tumbas en Recoleta —solicita Mujica.

—Si Manuel, no hay problema, aquí el tiempo es ilusorio —dice Borges—. Aquí y en todos lados —asegura.

14

La nube—alfombra—transporte gira por la actual calle General Urquiza y bordea el Hospital Milstein como Houssay solicitó. Continúa el viaje y observamos el frente del Hospital General de Agudos Dr. José María Ramos Mejía.

—Aquí inició su carrera médica Leloir —señala eufórico Houssay.

Seguimos camino y a dos cuadras vemos la Escuela Mariano Acosta. Mujica Láínez señala uno de los balcones del magnífico edificio. Todos seguimos su indicación con la mirada. Alguien dice: “Es Julio Cortázar observando a unas niñas que en la vereda del colegio juegan a la Rayuela”.

—Sí —dice Borges—. Aquí Cortázar se recibió de maestro.

—Lo mismo que Leopoldo Marechal —agrega.

Dejamos atrás el colegio y acercándonos a la Avenida Rivadavia alguien reconoce: “Estamos cerca de Avenida Boedo, podríamos visitar el Café El japonés.

—Sí, es Boedo 873 —grita desde el fondo Juan de Dios Filiberto.

—Entonces sigamos el Caminito —proponen Homero Manzi y Cátulo Castillo.

—Me alegra la emoción de mis amigos del Grupo Boedo pero no nos olvidemos del Grupo Florida ¿Podríamos pasar por la Confitería Richmond? —pregunta Borges—. Tal vez estén tomando algo Macedonio Fernández junto a Ricardo Güiraldes u Oliverio Girondo. Hasta mi hermana Norah Lange puede encontrarse y Leopoldo Marechal, Ernesto Palacio, Conrado Nalé Roxlo y Francisco Luis Bernárdez.

—La dirección es Florida 468 —dice Borges.

“Qué curioso, los intelectuales de Buenos Aires eligieron un bar y una confitería para sus reuniones”.

—Tal vez en eso se inspiraron nuestros espíritus para crear Los mareados —agregan Cadícamo y Cobián, mientras Mores y Discépolo se observan cómplices al rememorar “Sabiondos y Suicidas”.

La nube–alfombra–vehículo detiene su marcha tratando de elegir el rumbo que satisfaga a todos los viajeros.

—Muchachos, estamos en el barrio de Boedo —dice Troilo—. Y si seguimos por Rivadavia llegamos a Caballito y allí está el Instituto Dámaso Centeno, donde estudiaron dos importantes músicos”

—¿Quiénes son? —pregunta Cadícamo.

—Carlos Alberto García Moreno y Nito Mestre.

—¡Pucha, no los *juno*! —dice Gardel.

—Tal vez los escuchaste como Charly García y Sui Generis.

—¡Ah, ahora sí!

—Yo también los escuché —agrega Borges—.Y ya pertenecen al Parnaso de la música. Pero después quiero ir a la Richmond ¿Está bien?

—Estamos en Caballito —dice Gardel—. Nos conviene tomar Avenida Corrientes al este y salimos justo a Florida al 400.

—¿Llegaremos con Luz, Carlitos? —dice Houssay.

—Siempre, es un Barrio Plateado por la Luna, Bernardo. ¡Caramba! Disculpe doctor.

—Carlitos, en esta dimensión la única aristocracia que existe es la del talento como dijo Victoria Ocampo y a usted, mi amigo, esa le sobra. Además, no creo que le moleste pasar por el Abasto.

—Pero nos falta recorrer mucho de Buenos Aires —dice Borges.

—Claro —asegura Oliverio Gironde desde el fondo de la nube—alfombra—transporte.

—Me animo y propongo: Defensa, Reconquista, Primera Junta, Independencia, 9 de Julio, 25 de Mayo.

—No se preocupe mi amigo —me dice Borges—. Buenos Aires es un Laberinto Circular Fantástico y mañana volvemos a soñar. ¿Le gustaría acompañarnos?

Horacio Alberto Lazzarini  
[horacio.lazzarini@gmail.com](mailto:horacio.lazzarini@gmail.com)



## 2<sup>do</sup> Premio

# Los sueños contraatacan

*Cuando nací, papá le puso mi nombre al jardín reverdecido. Había plantado calas junto a la medianera. El jazmín del cabo besaba el aire con sus labios blancos y el limonero lo aromaba con botones de azahar. Cuando crecí lo suficiente, la higuera, a la que trepaba con asiduidad, fue mi refugio, mi “casita del bosque”. A metro y medio del piso, desde mi atalaya, podía ver todo lo que pasaba en el afuera sin ser vista. Me sentía una heroína de las novelas de la colección Robin Hood.*

17

Esa mañana Laura volvió al barrio de la infancia. Iba a buscar en la parroquia la fe de bautismo de su hija mayor que se casaría en dos meses.

Poco tránsito. Como entonces. Alguna que otra vecina fisgoneando la vida ajena para compensar el vacío propio. Como entonces. Las mismas paredes. Alguna que otra con una mano nueva de pintura, lo que la volvía apenas diferente de la del recuerdo.

No pudo dejar de pasar frente a la casa que la había visto nacer y crecer.

*No. No. No. ¡No! ¡¿Otra vez?! ¿Y justo en el día de mi cumple? Enciendo la radio para escuchar música y a los militares se les da por pelearse y sacar los tanques a la calle. Y este Onganía con esta cara de pocos amigos, pienso, sin imaginar siquiera que sería el próximo presidente de facto.*

*Por la tarde, cuando cae el sol, para aliviar la bronca, con los ojos ardidos de leer, decido hacer lo que sé que me despejará. Voy al jardín, abro el grifo. ¿Dónde quedó el pico de bronce de la manguera? No importa. Sé muy bien poner el dedo gordo tapando apenas la salida del agua cuando quiero rociar las plantas y apretar en el medio de la boca para bifurcar los chorritos. Mientras tanto silbo, como me enseñó mi viejo.*

Se detuvo frente a la fachada de la que había sido “su” casa. Las ventanas estaban entreabiertas. Las cortinas de voile habían sido suplantadas por otras romanas, más modernas. Se veía movimiento adentro. Como si alguien estuviera pulsando el teclado de su computadora, trabajando. De repente la asaltó el deseo casi incontrolable de gritar: “¿Qué hacen estos intrusos en mi casa? ¿Quién los dejó entrar? ¿Dónde pusieron el piano?!”.

Enseguida pudo sobreponerse a la locura de su reacción y siguió callada unos instantes más. Estuvo a punto de tocar el timbre, presentarse como hija de los antiguos dueños y pedir permiso para visitar la casa. Pero no se atrevió. Le habían comentado que la nueva dueña, poco amante de las plantas, había volado el jardín. En su lugar, cerámicas y cemento por todos lados. ¿Para qué entrar entonces? La casa nunca volvería a ser la misma.

El barrio estaba ubicado en una zona limítrofe entre Almagro y Pompeya. A cinco cuadras del viejo “Gasómetro”, como llamaban a la sede del Club San Lorenzo de Almagro. A unas diez cuadras, el Parque de los Patricios era la salida dominical por excelencia.

*Esa tarde soleada caminaba con Aníbal en dirección al Parque. Varias veces había evitado salir con él porque sabía que se me iba a tirar y yo solo lo quería como amigo. Pasamos por la*

*heladería Saujil. Me invitó con un helado. ¿Cómo rechazarlo? Si desaparecieran todos los alimentos del mundo y debiera estar en una isla desierta con solo uno. ¿Cuál elegiría? Por supuesto helado de dulce de leche y americana. Bien clásico. Como era también un clásico ese domingo el partido San Lorenzo-Huracán. “Yo soy del barrio, del barrio de la Quemada/ yo soy del barrio de Ringo Bonavena”, se puso a cantar él. ¡Encima del Globito! Justo a mí, una cuerva de alma.*

Laura vivía desde hacía años cerca del centro, en un departamento bastante coqueto y cómodo. Cuando se casó, sintió que el nuevo barrio estaba a la altura de sus aspiraciones. El chusmerío de Avenida La Plata, la ordinariez de ciertas costumbres, el famoso “qué dirán”. Todo había desaparecido en la anomia de un entorno en que nadie conocía a nadie ni le importaba qué hacía con su vida. Sintió que respiraba más libre. Con los años, vio otras sombras.

Por otra parte, siempre extrañaba sus plantas, las terrazas, el sol, a Tony o a Garufa. Nunca quiso tener animales en el departamento. Pensaba que se sentirían tan presos como ella.

*Enero reverberaba en la calzada gris y en las veredas en la que se había evaporado la frescura del agua baldeada a primera hora de la mañana. Regresé a casa transpirada y con un único deseo. Tirar la colchoneta de hacer gimnasia y una lona sobre ella para tomar sol sobre el camino de lajas del jardín. Así lo hice. Toda mi piel ardía de placer y la sangre parecía correr más rápido por mi cuerpo veinteañero. Me acompañaba la Spica, que vendía papá. Me dejé llevar por la música y no me importó calcinarme. El aroma a pasto recién cortado me penetraba por todos los poros. Me sentía plena.*

*De pronto, una música pareció decir con acordes y ritmo*

*muy nuestro todo lo que yo estaba sintiendo.*

*El calor en la piel recién estrenada, el cemento recalentado, el escaso aire erotizando mis sentidos ¿De qué se trata? ¿Quién había captado de forma tan magnífica mi instante de placer urbano? Presté atención al locutor: “Hemos escuchado Verano Porteño, de Astor Piazzola”.*

20

Esa noche Laura no pudo dormir. El reencuentro con la vieja casa había sido muy intenso. Tal vez la proximidad del casamiento de su hija y la certeza del nido vacío junto con muchos recuerdos sepultados en el supuesto pasado se habían conjugado para movilizarla tanto.

A las cuatro de la mañana se hartó. Se levantó a tomar medio Alplax con un vaso de agua fresca. Al fin y al cabo el doctor Giménez, que la conocía bien, se lo había recetado aunque ella era bastante reacia a llenarse de pastillas.

Entonces, sí, el sueño llegó con su pesada artillería.

Y soñó. Por supuesto con la casa. En el jardín donde tantas veces hubo trepado a la higuera añosa. Justo en su lugar, había ahora una pileta de natación muy bien diseñada, revestida en venecitas verdemar. Con mucha alegría vio cómo su nieto de cinco años se tiraba con los indispensables manguines y hacía que nadaba como lo hubieran hecho cualquiera de sus perros. Salía del agua para volver a zambullir el incendio de su cabecita colorada. Debía gritar de gozo. Pero alguien quizás había pulsado la tecla “mute” y todo se desarrollaba como en una vieja película muda. También la más pequeña, Mady, más temerosa, corría alrededor y tiraba al agua todas las piezas del jueguito de té. La tetera, los platos con las diminutas cucharitas, las tazas flotaban como flores de loto en medio de sus brincos.

*Ese año, lo que nunca, aumenté tres kilos. Era el tercero del profesorado con más materias que los otros. Tantas horas sentada estudiando y engullendo galletitas y algún alfajor de chocolate para darme más ánimo habían logrado el desaguizado corporal. ¡Basta de Gramática Histórica! Por hoy es suficiente.*

*Necesitaba un relax. Leer, sí, pero algo que me sacara del clima de exámenes y me relajara un poco. Tenía sin abrir el regalo de mi madrina: “Sobre héroes y tumbas”. Busqué el libro y me tiré en el pasto del jardín. Poco a poco me dejé ganar por aquel “viejo parque, con su luz crepuscular demorándose sobre las modestas estatuas, sobre los pensativos leones de bronce, sobre los senderos cubiertos de hojas blandamente muertas”.*

21

Los nietos, como sus hijas, criados en departamento, donde no hay lugar para triciclo ni para sogas de saltar, manejaban de manera maravillosa, como todos los niños de su edad, las nuevas tecnologías. Pero Laura sentía que necesitaban del pasto, del espacio, las escaleras, las terrazas, la vereda de su infancia.

Cuando despertó de su sueño, decidió que, después de almorzar, visitaría a la hija casada y llevaría a los chicos al Parque Rivadavia que quedaba a tres cuadras.

No olvidó el llavero que le habían dado para que entrara directo al edificio y no tuvieran que bajar a abrirle. Igual tocó el timbre para avisar que había llegado.

—Ma', no hagas mucho ruido cuando entres. Los chicos están durmiendo la siesta. Me vino de perlas para trabajar en la compu.

Casi nunca duermen siesta y justo hoy se quedan fritos, pensó Laura.

Se acercó en puntas de pie. Se quedó arrobada mirándolos. No sabía qué mundo les esperaba ¿Trabajarían desde la casa? ¿Usarían barbijo por la calle para siempre? ¿Compartirían con robots la vida cotidiana?

Laura no lo sabía. Pero, de todos modos, se concentró muy fuertemente y puso toda su energía para transmitirles su deseo. Que soñaran, al menos en esa tarde de siesta, que se tiraban a la pileta imaginaria y correteaban en un día inundado de sol por el jardín que la había visto treparse a la higuera, regar las plantas, descubrir a Piazzola en un tórrido verano y recorrer los meandros de la novela de Sábato.

María Magdalena Pascual  
[magdapascual@gmail.com](mailto:magdapascual@gmail.com)

### 3<sup>er</sup> Premio

## Los neutrónicos

*Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo  
de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos.*

Jorge Luis Borges

23

La boda incrementó el alboroto de la ciudad porteña. Una ambulancia aullaba al llevarse dos motociclistas estrellados en la vidriera de una tienda, entre paredes, sedas y peatones. El tránsito cortado, el vallado policial, lluvia de pétalos arroz y curiosos avisparon el embrollo.

Cuando la novia bajaba las escalinatas de San Nicolás de Bari entre tules vaporosos y el novio, de traje azul y flor blanca en el ojal, al compás de las trompetas de la marcha nupcial de Mendelssohn, algunos murmuraron que se trataba de “gente del ambiente”. Esto podía significar de la farándula, la política, un ámbito social. Ella, eufórica, enredó el tacón blanco entre los tules, erró el escalón y, en el bamboleo, alguien la tomó del brazo y evitó el descalabro. Desde la vereda opuesta, fui testigo del resbalón, de la tienda destrozada y sangre entre las telas. La novia, molesta, con tiara torcida y tul trastocado, subió al auto negro mientras el actor tiraba besos a sus “fans”, hasta que el vehículo partiera raudo, justo antes de que el piquete del día en la avenida 9 de Julio tomara por Santa Fe en dirección a Callao.

Desganada, continué con los trámites pendientes en la increíble Buenos Aires, por reclamos de servicios y otras

gestiones que nutrían mi desaliento. Hacía calor y tenía sed. Después de horas de andar la ciudad en ómnibus y a pie, me debía un interludio, en mi sobrada soledad, la soledad que abisma el estrépito urbano. El gen laboral activado suele honrar las “artes y oficios” que resignifican la existencia, a pesar de los tropezones, las ausencias amadas, las distancias y el tiempo, ese traidor. La plaza del barrio me atrapó en el agobio. Un manchón verde, con estilo propio, a orillas del ajetreo sonoro de la avenida Santa Fe, con el café en la esquina, justo frente a la estatua de mármol de “El hombre pensante”. Había poca gente, me invitó la música, su mar de ritmos y colores que tienden a paliar la melancolía de la vida y pulsan los laberintos de la memoria, que reabren heridas junto al pocillo de café. Contemplaba el tinglado de verdor y ramajes de fantasía que regalaba la plaza, cuando un colega se acercó. Habíamos trabajado con Marcos Gorman en el mismo instituto, hacía más de veinte años. En ese momento la calvicie, la expresión encorvada de tristeza, los surcos grises, como la piel, distaban de la persona alegre y entusiasta que recordaba. Me pregunté si yo también daría esa impresión. Él pareció adivinar:

—Te ves muy bien, estás igual —sonrió—. Vivo cerca, a veces tomo el café aquí. ¿Y vos?

—Estoy de paso, resolviendo mil cosas.

No tenía disposición ni tiempo para charlar. Me disculpé, mejor en otro momento. Salí cruzando la plaza del autor del Himno Nacional, con sus aromas y lluvia de flores amarillas. Una síntesis del mundo, pensé: La abundancia, la belleza, el hambre en la basura, vidrios polarizados junto al carro de cartones, tirado por un joven escuálido, sin oportunidades. Frente al viejo gomero, gente de mirada triste, aguardaba la comida. Dicen que podríamos alimentar al Mundo. Pero muy cerca bramaban



otras realidades que nunca nadie venció. Borré mi discurrir con un leve movimiento de cabeza y cambié de página, hacia las otras gestiones.

Al llegar a casa, antes de guardar documentos y compras, me desplomé en el mullido sillón con un cartón de jugo de naranjas y me apresté a escuchar las noticias. Las escuchaba como si viniesen de lejos, muy lejos y se escaparan las palabras.

De pronto los árboles de la calle golpearon la ventana y el añoso ficus de hojas ligeras parecía abanicar el cemento que roba una franja de cielo. Me asomé al balcón y nada. No había gente, ni vehículos, ni torcazas ni el colibrí que visita la maceta. Sólo edificios. Los árboles, única señal de vida en la calle, simulaban bordear una ciudad neutrónica en un silencio espectral. Inquieta, bajé por la escalera, temí el ascensor. Salí a rondar y no había nadie. El kiosco y la farmacia cerrados. Crucé calles, avenidas y nada. Tampoco policías de recorrida. En mi dilatado periplo, llegué al paredón del barrio de chapas y tablones. La ropa tendida ondulaba. ¿Quién la habría puesto? ¿Dónde estarían? ¿En qué sitio o escondite? ¿Qué habría pasado? ¿Alguna radiación destructora como la de una bomba neutrónica de estallido silente y onda expansiva corta, de esas que matan y contaminan todo? Quizás alguna enfermedad rara, como la epidemia de ceguera que relatara Saramago. Pero en ese caso había gente y podían transcurrir en tinieblas, al tanteo. A quién preguntar, quién sabría dónde encontrar sobrevivientes, en la ciudad muda y desértica. ¿Quiénes serían los responsables de la debacle? Tal vez otros, extraños, los que vinieron de lejos, los diferentes. En la historia Humana, los leprosos, con su mutilación vergonzante como castigo divino, eran expulsados y saqueados. Los encerraban. No conocían el bacilo “*Mycobacterium leprae*”, que se regodea en las hambrunas. La peste negra arrasó con la mitad de la población, en la Edad Media. Culparon a

grupos étnicos y religiosos a quienes linchaban, perseguían y despojaron. No avizoraban la “Yersinia pestis”, la desnutrición ni las ratas.

De pronto, alguien venía desde la Terminal. Un personaje raro, una gran cabeza de pelo largo, entrecano, la boca convexa, como la expresión trágica de la máscara teatral y la condición humana.

—Todo es mentira, un complot —dijo tapándose la boca.

—¿Por qué?

—Dicen que los culpables del desastre vinieron de planetas malignos, con súper poderes.

—¿Para qué vinieron?

—Para castigarnos.

—¿Quién lo dice?

—Alguien que lo escuchó de otros —contestó el hombre al levantar el pelo de la frente y descubrir una marca.

—¿Y ahora, qué hacen?

—Nada, difunden rumores. Unos, después otros, después unos alterados y así.

—Los rumores pueden revelar y ocultar cosas —reflexioné.

—Quizás.

—De no ser los malignos de súper poderes. ¿Quiénes pudieron hacer esto?

—Los que ganan con las desgracias —soltó el hombre.

—¿Y quién ayuda a los enfermos neutrónicos, a los zombies?

—A quién le importan —dijo el hombre encogiéndose de hombros y añadió—. Seguirán zombies.

—Con su crispación espástica y mente inútil. ¿Por qué tanta maldad?

27

—Algunos cerebros querían el encierro, incendiar todo. Como las cámaras de gas. ¿Vio? Pero con fuego. Una forma de solución final.

—Sin alimentos ni saberes, no podrían curarse —murmuré.

—¿Y qué pueden hacer?

—Nada —concluí.

La ciencia, como un dragón insatisfecho, corre siempre tras la verdad que huye. A cada acierto sigue otro, que relega el anterior y a veces se acopla.

Noté que el hombre emanaba un olor penetrante a sudor y otros fluidos. Como si almacenara en sí todas las pestes.

En mi desasosiego, debía intentar el regreso a casa. Imaginé el recorrido, diferente del anterior. El entorno parecía extraño, como embrujado. Calculé cada paso con miedo, el más injusto y cruel de los consejeros, el que atrapa. Al fin, logré atravesar huellas selváticas invadidas de barro y reptiles, para llegar a mi presente.

Cuando en un cabeceo abrí los ojos, el jugo de frutas pugnaba por caer. Chicos vecinos jugaban bajo el ficus añoso.

La TV promocionaba una película dónde discutían el cambio climático. Ni idea del tiempo transcurrido. En mi desconcierto, salí a despejarme y escuchar las voces de la ciudad. Pensé en la familia lejana y en las ausencias amadas. Caminé unas cuadras, el tránsito más calmo. Otra novia subía las escalinatas de la Iglesia. Una vecina supo que los motociclistas incrustados en la tienda, eran chorros y traficantes. Atravesé la plaza. Dos chicos corrían en su monopatín. Respiré profundo el aura de magia y misterio del perfume verde. Dejé atrás la cafetería frente al hombre pensante. Una pareja reía. Elegí el resplandor y el hechizo del atardecer estival. Podía soñar, entre los árboles y poca gente, que el viaje a Ítaca, denotara un camino largo, arduo, generoso. ¿El destino con equidad? Tal vez.

Al regresar volví a encontrar a Marcos Gorman quien, en la esquina del kiosco, contó que su hijo médico trabajaba en Bérgamo, Italia, en medio de una epidemia que fluye, como un río agitado sobre un cauce antiguo y peñascos desconocidos. El hijo le pedía a él que se cuidara. Marcos estaba devastado.

—Recordá al Quijote —evoqué para aflojar la tensión—. Decía que a las grandes borrascas sigue la calma y que confiar en el tiempo suele traer dulces consecuencias.

—¡Ojalá! Suspiró Marcos.

La aparición de la luna de febrero, en el cielo fucsia, pareció serenar su espíritu.

—Por nosotros no te preocupes amigo, estamos lejos, casi en el fin del mundo, un océano nos separa. Hasta aquí, tan al sur, no llegan esas plagas. Andá tranquilo. Estamos bien.

Dora Dobosch

[ddobosch@gmail.com](mailto:ddobosch@gmail.com)

## Un día en tu día

Buenos Aires era la ciudad que a ella le gustaba recorrer antes de volver a su casa en el barrio de Recoleta. Conocía muchos lugares e historias, tanto es así, que había conseguido un trabajo como guía turística.

29

El día estaba con baja temperatura, aunque con mucho sol. Decidí tomar algo en un café sobre la Avenida Presidente Manuel Quintana al 500 (en La Biela). Esperando mi pedido la vi, o mejor dicho nos vimos. Ella estaba sentada en un rincón, sin compañía, tomando un café con la mirada perdida, pensando vaya a saber en qué cosa. Bonita, joven, de tez pálida y muy delgada, aunque nada opacaba su belleza. En un momento cruzamos miradas y le sonreí, ella también. Entonces no lo dudé, me levanté decidido y fui hacia su mesa.

—¿Puedo sentarme? —pregunté.

—Sí —respondió.

—Me llamo Martín, ¿y vos?

—Julieta.

—Hola Julieta. Soy escritor y por hoy, turista. Estoy de paso por Buenos Aires. Quiero decirte algo que apareció en mi mente: “Quién ha sentido el perfume de tus pétalos, jamás olvidará tu aroma. Quién se lastime con tu espina, tendrá por siempre el alma herida”.

—¡Epa! ¡Poeta el hombre! Gracias. Yo soy guía turística y puedo pasarte información. Hacemos recorridos por la ciudad —hizo una pausa, con la mirada fija en la mía, y añadió—. Si te interesa, te ofrezco hacer un tour que tenemos hoy, vas a conocer lugares históricos y sucesos sorprendentes.

—Me gusta la idea del paseo y, además, puedo conocerte mejor.

—¡Genial! Te reservo un lugar. Terminamos el café y vamos, ¿te parece?

—¡Hecho!

El murmullo de la gente y el ruido de los autos se propagaban con el viento sobre la vereda, también el aroma a facturas y el olor a humo del cigarrillo.

Julieta y yo caminábamos rumbo al micro que nos llevaría al tour, al tiempo que hablábamos y sonreíamos con mis ocurrencias. Ningún ruido, ni el chirrido de una puerta al cerrar o una ventana al abrir, ni siquiera el sonar de bocinas en un patético escenario de congestionamiento importaban para mí, más que su risa contagiosa, que se dibujaba en su carita más allá de sus ojeras y rostro demacrado. “Trabaja mucho y duerme poco”, pensé.

El aire frío seguía ahí, aunque en esas circunstancias era como una bendición conversar con Julieta y no iba a desistir por nada del mundo. Ella me gustaba.

Mi intención era distenderme, además de descubrir los secretos de esta gran ciudad de Buenos Aires.

Nos subimos al pequeño micro y busqué mi asiento, ella se preparó para hacer su trabajo. Apenas comenzado el viaje, Julieta

tomó el micrófono y con voz suave se presentó y empezó su relato.

—Estamos transitando por una de las avenidas más anchas del mundo, la Avenida 9 de Julio y en su intersección con la Avenida Corrientes, punto emblemático, veremos el Obelisco. Les explico, ya que no es posible detenerse ahí por el caudal de tránsito. Fue construido y terminado en 1936, en tan solo un mes. Tres años después, se cuestionó su construcción, pues se decía que impedía el libre tránsito y mediante una disposición se ordenó su demolición. Pero esta regla no llegó a cumplirse y el Obelisco quedó como un símbolo de esta Metrópoli. Un dato curioso es que, para su construcción, se debió demoler la iglesia de San Nicolás de Bari, donde por primera vez y en su cúpula, en 1812, se izó la bandera nacional. Seguido a este monumento histórico, a una cuadra por la calle Sarmiento, verán un chalet estilo normando de dos pisos, obra de un inmigrante español una década antes que se inaugurara el Obelisco. Se los comento como otra curiosidad de nuestra Buenos Aires. Antes de pasar por el Obelisco iremos a otro sitio por la calle Suipacha al 1400.

Al llegar, argumentó lo siguiente:

—Este es el Palacio Noel, hoy sede de un museo, diseñado por el arquitecto que lleva su nombre. Es un edificio de estilo colonial que posee cerámicas y fuentes que recuerdan la tradición musulmana en la época medieval española y patios con enredaderas. Aquí, por el siglo XVII, existía una compañía de esclavos. Luego de unos años, el predio se usó como cementerio. Cuenta la historia que la necrópolis se trasladó, sin embargo, quedaron enterrados muchos cuerpos allí. En la actualidad, se comenta que algunos de esos espíritus suelen vagar por la zona y se escuchan sollozos, incluso personas dicen como si alguien les respirara muy cerca.

Se hizo un silencio sepulcral, nos miramos unos a otros imaginando ese escenario. Julieta solo sonreía, estaba acostumbrada a ciertos relatos.

Luego seguimos hasta la Avenida de Mayo y cerca del Congreso Nacional, sobre una de las plazas, nos detuvimos a observar otra construcción: el Palacio Barolo. En el trayecto, Julieta preguntó si todos estaban disfrutando del viaje y si tenían alguna pregunta o duda. Yo estaba sentado muy cerca de ella y luego de hablar con algunos turistas me miró sonriente y apoyó su mano sobre la mía, una palmada a modo de saludo y noté su mano muy fría. Le pregunté si sentía bien, me contestó que sí, que era normal y nada de qué preocuparme. Dudé un poco de su respuesta pero luego recordé una frase que había leído: “Estar en un mar de dudas, es como estar perdido en el desierto, se ahogan los pensamientos, la arena tapa los caminos”. De modo que hice caso omiso a mis pensamientos y presté atención.

—Esta edificación data de 1919, emprendimiento de Luis Barolo. Es un edificio de 100 metros de altura y mucha de su construcción hace referencia a la Divina Comedia, poema religioso de Dante Alighieri, que habla del pecado, la virtud y la teología. En la planta baja se representó al infierno, luego los siguientes pisos, 14 más precisamente, hasta el purgatorio y los demás pisos al paraíso. En su parte superior hay una gran cúpula (donde funcionó un faro giratorio) que representa a Dios.

Hasta ese momento habíamos hecho una agradable visita, había escuchado historias de fantasmas, muertes y algunas de religión, aunque las edificaciones eran magníficas.

Retomamos la marcha y nos trasladamos a otro barrio.

—Estamos en el barrio de San Telmo, también llamado “barrio del puerto”. Es el barrio más antiguo de la ciudad y lleva



su nombre en honor a Pedro González Telmo, un sacerdote católico español. Existe una iglesia que lleva su nombre y que fue construida en el siglo XVIII por los jesuitas.

El bus se detuvo en una calle empedrada y de no ser por Julieta que comenzó a hablar y a explicar lo que veríamos, no me hubiese dado cuenta, dado que estaba obnubilado por esa misteriosa dama, joven y bonita, que hacía solo unas horas había conocido. Algo extraño me sucedía con ella, una rara sensación en mi interior, entre cuerpo y alma, que no podía dilucidar.

—Si miran a su izquierda, verán esa antigua casa, que fue construida alrededor de 1880 y perteneció a una familia aristocrática que llevaba por apellido Ezeiza. Es una casona de dos plantas, estilo italiano, con grandes patios en el medio. Luego de mudarse la familia a la zona norte de la ciudad, fue utilizada como escuela, años más tarde como un “conventillo” y hoy, bien conservada y refaccionada, funciona como galería de venta de antigüedades: el “Pasaje Defensa”.

El bus volvió a retomar su marcha rumbo al barrio de Barracas, hasta la iglesia de Santa Felicitas, en la calle Isabel la Católica al 500.

—Cuenta la crónica que Felicitas Guerrero, allá por el año 1864, siendo una adolescente, fue obligada por sus padres a casarse con un señor mucho mayor. Tuvo dos hijos, uno falleció al nacer y el otro también con unos pocos años de vida. Enviudó joven, aunque muy adinerada por su herencia, llevó una vida triste hasta que conoció el que fue su segundo esposo. Un pretendiente de Felicitas, que había sido rechazado por ella y que la asesina víctima de sus celos, cuya muerte se produce después de días de agonía por dicho ataque. Sus padres en honor a ella construyeron un altar en el lugar de su muerte, lo que concluyó con esta iglesia

que ustedes ven.

Julieta hizo una pausa, se la veía apesadumbrada, sin brillo en sus ojos y su mirada triste. Ya no tenía esa sonrisa del principio, ni tampoco el mismo semblante cuando la vi por primera vez en el café. Acercó el micrófono a su rostro y siguió explicando:

34

—Algunos afirman haber visto su fantasma vestida de blanco y con lágrimas en sus ojos. Las personas que han visitado la iglesia dicen que sintieron sonar las campanas sin que nadie las tocara. Esto ocurre desde hace décadas. Otros lo desmienten, dicen que son solo falacias. Verdadero o falso, la leyenda continúa y la iglesia luce hermosa ya que fue restaurada.

Desde ese lugar nos dirigimos hacia el barrio de Caballito, donde conoceríamos el monumento al Cid Campeador en honor a Rodrigo Díaz de Vivar, guerrero castellano del siglo XI, lugar este donde confluyen o se cruzan varias avenidas. La idea era tomar un descanso y disfrutar del paseo, sacar fotos al tiempo que el transporte nos llevaba para ir a comer en algunos de los restaurantes contiguos al monumento. Así lo hicimos.

Cuando estacionó el vehículo para ir a almorzar pensé: “Esta es la mía, trataré de sentarme junto a ella para seguir conversando y si me da su número telefónico para encontrarnos otra vez”.

Fuimos bajando de a uno, incluyendo el chofer, todos en la vereda para ir al sitio de comidas. Al entrar, me di cuenta que Julieta ya no estaba. Había desaparecido como por encanto. Supuse entonces que se había ido a hacer algún trámite de urgencia.

Después de almorzar volvimos al micro y allí estaba esperándonos, por supuesto no hice ninguna pregunta, solo un saludo. Nos acomodamos cada uno en su asiento y continuamos

viaje hacia el barrio de Villa del Parque.

—Qué bueno conseguir lugar para estacionar —dijo Julieta con una sonrisa—. Quiero que vean este palacio y se detengan a observar los detalles. Les cuento la historia. Lo llaman el Palacio de los Bichos y la construcción data de principios del siglo pasado. Consta de cinco pisos y una cúpula. Estuvo decorado con estatuas similares a gárgolas, además de animales, de ahí su nombre de “Bichos”. Luego, con el pasar del tiempo, fueron retirados. Lo que nos llama la atención y quiero contarles es la leyenda sobre este palacio. Lucía, hija de un aristocrático de la época, quien mandó a construir esta edificación para su hija como regalo de bodas, contrajo matrimonio con un joven llamado Ángel. Hubo una gran fiesta en el palacio que se estrenó ese día, con muchos invitados que disfrutaron de la velada. Cuando llegó la hora en que los novios debían retirarse, un carruaje con caballos aguardaba en la calle donde subieron. Los invitados, familiares y los propios novios estaban tan felices y distraídos saludando, que no advirtieron que, por aquellas vías próximas al palacio, llegaba un tren de carga sin luces. Fue tan fatídico ese momento, que el tren los atropelló mientras cruzaban, muriendo en el acto. Según los vecinos de la zona, los fantasmas de Lucía y Ángel todavía deambulan por allí y aseguran haber oído gritos y música. Como así también figuras humanas traspasando las paredes.

Terminada la crónica nos quedamos bastante sorprendidos por lo que acabábamos de escuchar, solo algunos murmullos y algún “ooohhh” o “Qué fatalidad por Dios”.

El trayecto continuó, ya de vuelta al punto de partida, pasando por La Abadía en el barrio de Belgrano, luego por Palermo, donde funcionó la antigua Penitenciaría Nacional, el zoológico, los bosques, hasta llegar a Recoleta. Final del recorrido.

—Esto fue todo por hoy, espero les haya gustado lo que vieron y escucharon. Una próxima salida, si les interesa, es el cementerio que ven ahí muy cerca, donde hay muchas historias interesantes como la de Luz María, La dama de Blanco, Rufina Cambaceres, Liliana Crociati, la mucama Catalina Dogan y otras que conozco muy bien y les puedo contar. Aunque supongo que estarán cansados y ya entrando la noche les digo: “Que descansen en paz”... jajaja, solo una broma. Les confieso y como leí alguna vez “le tengo más miedo a los vivos que a los muertos” —concluyó Julieta.

Cada uno, después de agradecer y saludar a la joven y al chofer, fue en distintas direcciones rumbo a sus hogares. La historia llegaba a su fin, aunque me rehusaba que lo fuera para mí o para nosotros. No quise quedar como atrevido, pues no me dio la oportunidad de hablar, solo un saludo y una frase que me dejó pensativo y casi sin reacción: “Martín, no dejes que la oscuridad se apodere de tus sueños. Deja que la luz de la luna, las estrellas y tu propia luz iluminen tu camino. No te pierdas en la noche y trata de amanecer marcando tus huellas en los días de tu vida”.

Solo atiné a dibujar una forzada sonrisa, me había dejado sin palabras. Así que, a distancia, la empecé a seguir con el propósito de descubrir donde vivía.

El frío, la noche, la humedad y un poco de neblina, hicieron que en un momento la perdiera de vista. Quedé desorientado, frente a la entrada del cementerio sin saber hacia dónde ir.

Julieta se había perdido en la bruma.

Andrés Norberto Baodoino  
[baodoino10@hotmail.com](mailto:baodoino10@hotmail.com)

# Caballo de aire

*Su relincho declaraba  
la independencia.*

|

37

Beatriz estaba enamorada de Palermo, sentía que ése era su lugar en el mundo. La extensión ornada de lagos, amplios espacios verdes, rosadales, colores y fragancias, siempre había sido para ella un paraíso, en medio de la ciudad turbulenta y populosa. Buenos Aires le regalaba Palermo, para respirar aire puro y ensanchar el alma, que se carga de energía en ese sitio, donde la naturaleza derrocha hermosura y concordia. La atmósfera tibia de otoño y primavera y el calor definitivo del verano aumentan la belleza del paisaje y potencian el atractivo de las sombras frescas que protegen al caminante.

Así como ama las plantas y los lugares al aire libre, Beatriz adora a los animales, en especial a los bellos felinos, grandes y pequeños, y a los caballos. Gracias a un contacto de su amiga Norma, un sábado fueron las dos a visitar a los caballitos alojados en ACMA, Asociación Contra el Maltrato Animal, que en ese tiempo ocupaba un predio en Guernica y que hoy, por lamentable que parezca, ya no existe. Los caballos eran recogidos en estado deplorable, enfermos, con las patas y las pezuñas destrozadas por el trato despiadado de sus dueños, que los obligaban (y los obligan) a trabajar hasta el último aliento. En ese lugar eran tratados con dulzura, recuperados en la medida de lo posible, aunque todos sabían que la perspectiva de vida era ínfima, debido al deterioro con que la mala vida los había marcado. Las dos amigas los vieron desfilar por el ruedo, mansos, sufridos, deformados, como modelos de lo que la maldad humana es capaz de hacer. Sus grandes ojos,

nobles y bondadosos, reflejaban el sufrimiento y la privación. La mujer nunca olvidaría esa experiencia, el fortísimo contraste entre el símbolo y la realidad, entre el instinto de libertad y plenitud que representa el caballo, y su inmerecido destino de sujeción y padecimiento; en un momento trascendental de su vida, esas imágenes aparecerían resignificadas. La jaqueca que derivó de aquella visita la acompañó durante todo el viaje de vuelta en micro a la Capital y la abandonó después de varias horas y varias píldoras.

Habitualmente, los domingos, Palermo recibe a su enamorada, con sus árboles perfumados, sus patos imperativos, sus circuitos pedestres, su silencio soñado. Ella llega ansiosa de disfrutes sensoriales, de la mano del nieto que desata sus nudos de niño ciudadano y sobrevuela las distancias como un ave joven y entusiasta. Beatriz se sienta a orillas del lago y abre su corazón, para que el agua dulce lo acaricie. La suavidad de las ondas la atrae como un canto de sirena bondadosa y desearía sumergirse en el líquido caudal, para relajarse, dejarse llevar y aliviar el tumulto de su mente. Siempre, al borde del agua, ella recuerda el río de Siddhartha, su sabiduría, su conexión con lo sagrado, con lo que está más allá de nuestras miserias y mezquindades. Pero el nieto interrumpe sus meditaciones, para pedirle pan o galletitas para los patos, mostrarle algún raspón, reclamar jugo o algo para comer, cuando no un heladito, tentado por el pregón del vendedor ambulante. Así, Beatriz pasa de la filosofía al sándwich de milanesa y de la espiritualidad del agua a la eficacia del alcohol en gel.

## II

Ese fin de semana había sido en particular duro, tanto que ni la habitual distensión del lugar amado pudo refrescarle el ánimo. Beatriz se sentía atrapada, sujeta a una circunstancia de vida que casi no había elegido y que no podía sacarse de encima, si no era dañando o por lo menos perturbando a su entorno. ¿Qué hacer? La realidad no la satisfacía, estaba obligada a encargarse

de actividades que no pensaba realizar a esa edad, en que la jubilación hacía suponer una libertad de la que no gozaba. Tenía horarios estrictos, a pesar de que ya no ejercía su exigida profesión docente y sus placeres intelectuales de lectura y escritura se veían muy restringidos, por la responsabilidad de ocuparse de otras cosas. Se daba cuenta de que todo eso la entristecía y se enojaba consigo por no poder encontrar una solución a su malestar. Cada día se proponía vivir de otra manera, pero siempre terminaba sujetándose a las circunstancias, sin darse la oportunidad de elegir otra cosa. Ya tenía 65 años, muchos intereses y muchas inquietudes, pero no tantos, al parecer, como para que pudieran empujarla a dar un giro que la hiciera feliz. El tiempo pasaba y la cercanía de la verdadera vejez era en simultáneo un acicate y obstáculo para cambiar su situación: “Ya no tengo tiempo”, pensaba.

Ese domingo, cuando regresó a su casa, después de una hermosa jornada de aire libre y luz, estaba desolada. Pensaba que al día siguiente sería verdaderamente difícil encontrar fuerzas para levantarse. ¿Para qué? Si siempre va a ser lo mismo.

Se durmió tarde. El insomnio la visitaba cada vez con más frecuencia, en especial cuando el día había sido inquietante, sin perspectiva de cambio a la vista. Esa noche soñó con un caballo marrón, que viajaba en la popa de un barco, por las aguas del lago en tinieblas. El animal miraba hacia la orilla, de la que el barco se alejaba lento. Tenía grandes ojos melancólicos, ensanchados por una pena de distancias insalvables. La escena era espectral. Todo parecía muerto, salvo el caballo, que, de pronto, silencioso, se paraba sobre sus patas traseras y se estiraba, se estiraba, se estiraba... hasta llegar a las nubes. La imagen del cuerpo extendido de manera sobrenatural se imprimió con fuerza en el interior de la mujer, que despertó azorada, sacudida por la fuerza surrealista del sueño más intenso y perturbador de su larga vida. El asombro no la dejaba reaccionar. Su inconsciente le había hablado con tal

claridad, con tanta elocuencia, que de inmediato y para no perder detalle, se puso a escribir en el cuaderno que reservaba para sus súbitas inspiraciones poéticas. Describió con puntualidad toda la escena, con sus particularidades y pormenores y terminó escribiendo un poema, que daría inicio a un libro completo con su mismo título: Caballo de aire.

### ***Caballo de aire***

*Viajaba en un barco  
por anchas aguas oscuras.  
Miraba a tierra anclado en la popa  
con los ojos pensativos  
cavados de distancia.  
El gran mar no le alcanzaba  
para respirar.  
Decidía estirarse hacia las nubes  
con el cuerpo altivo  
y las patas delanteras en el aire.  
Era marrón como los árboles,  
pero sin raíces.  
Su relincho declaraba  
la independencia.*

### III

El poema describía el sueño con profundidad, hablando no sólo de la anécdota, sino de las sensaciones y emociones vividas por el caballo-mujer que sueña. Cada verso iba abriendo en el espíritu de Beatriz una mirilla, un ventanal, una puerta (la



voz del agua del lago en movimiento vertía sus amorosas frases en el alma de la mujer emocionada y agradecida). Otros poemas surgieron para completar el relato de la inédita experiencia onírica que cambió la vida de la soñadora para siempre: el que identificaba la dificultad del inicio del día con el nacimiento de un potrillo que ayudamos a salir metiendo las manos en la aurora, y así le daba sentido, o el que hablaba de abrazar el pulso encendido de un caballo de aire, para centrarse en el desgarró del animal y dejar de lado por un momento el propio sufrimiento... o aquel que se refería al poema que se escribe durante la noche y libera a los caballos para que irruman con su vitalidad en el día.

Si el caballo podía estirarse hasta las nubes para respirar el aire antiguo de los cielos, ella también podía hacerlo. Tendría que despojarse del barco oscuro que la retenía en las tinieblas. Tendría que despedirse de la orilla segura de las costumbres, de los movimientos habituales, y ser verdaderamente creativa. “Adiós a la rutina”, se dijo. Nunca más resolver sin consultar antes consigo misma. Nunca más decir sí o no, sin preguntar antes si eso iba a permitirle respirar el aire puro de las alturas o la sujetaría a los ojos tristes del desencanto. No quería ser un caballo sufrido de mirada melancólica, quería llegar a las nubes, como un valiente y poético caballo de aire.

Ahora, cuando Beatriz se sienta a orillas del lago, le habla desde su corazón: sabe que el agua contesta, y lo hace amorosamente, como una madre. Son buenos aires los que la ciudad le abrió en sueños, para que su caballo pudiera respirar en libertad.

Adriana Irma Maggio  
[versoporverso@gmail.com](mailto:versoporverso@gmail.com)

## Estación juventud

Corre el año 2170, estoy en Buenos Aires, Argentina. Mi país desde que nací hace 184 años. El de mis padres, a quienes extraño, y el de mis abuelos, a quienes no de igual forma ya que de un tiempo a esta parte me cuesta recordar su aroma y sus voces, por lo que debo esforzarme muchísimo en añorarlos y venerarlos. Tengo vagos recuerdos de ellos, sin embargo, hay uno o quizás dos que se destacan por sobre el resto, volviéndose claros y transparentes como el agua que prepara mi esposo robot T-R para compartir unos mates antes de comenzar formalmente cada día.

Esta mañana, pasado el ritual del mate, cuando abrí los ojos después de meditar en mi silla de translación que me lleva a la India por exactos 15 minutos, mis ojos se dejaron llevar por el calendario láser del reflector led que cada día y de forma automática pinta los datos claves cual noticioso sobre la blanca pared del living comedor. Con una enorme y cálida sonrisa, miré a mi esposo con todo mi amor y le dije: “Otro septiembre juntos, mi vida, una primavera más”.

Me emocionó referirme a esta estación como el florecimiento de la vida, de la juventud. Una metáfora con especial sentido para mí, a la que siempre hacía referencia mi abuela Irma, aludiendo a las edades del hombre y de la mujer; siendo la madurez como el estío y la vejez, el otoño, el invierno...

Fue entonces cuando, de pronto, el brillo del claro porcelanato que cubre este suelo de mi Buenos Aires querido

se llenó de nubes invadido por el reflejo del ventanal. Un tango de Gardel se dejaba oír por los parlantes centralizados del departamento activados tras un solo aplauso. Y cuando me creí acostumbrada a los cambios de estos últimos largos años, noté que no era así para nada. Extrañé la idea de poder morir algún día, ese temor, ese sabor agridulce que solo brinda la incertidumbre. Por algo dicen que los de la tercera (y ahora eterna) edad jamás se terminan de amoldar al mundo moderno, como mi abuela que continuaba calentando el agua con la pava a la vieja usanza aun existiendo ya las opciones eléctricas.

Felizmente recibí una videollamada de mi tataranieta contándome que realizó en el día de ayer junto al colegio una excursión virtual al Zoológico de Nueva Zelanda y relatándome con dulzura cómo montaron elefantes y corrieron junto a los leones.

Cuando corté la llamada, no pude evitar volver mentalmente al momento en el que más temprano había tomado la mano de T-R y había sentido el frío del metal bajo su piel sintética, intentando disimular para no herir sus sentimientos. La misma frialdad que propician las baldosas en mis pies descalzos y cansados. Y el mismo frío que sentimos, él y yo hace años, ese septiembre en medio del Zoológico de Palermo aquí en Buenos Aires, frente a la Plaza Italia, convertido años más tarde en Ecoparque. No pude evitar que mi mente diera el salto como de aquel canguro que vimos agarrados de la mano, paseando por entre esas grises y verdes 18 hectáreas. Cerré mis ojos y logré sentir en mis arrugados labios de hoy día el beso mojado de su boca como si estuviese junto a él, mi esposo (en ese entonces el original, de carne y hueso) rodeados de los 2500 animales allí albergados. Y entre ellos, nosotros, que también éramos animales. Caminando en dos patas, que de igual forma no cumplían su función ya que nos sentíamos levitar sobre el

anaranjado de aquel día soleado y fresco, enamorados bajo un sol que todavía no había aprendido el hombre a manipular.

Esta noche lloraré (sin duda) por esta vida larga, alcanzada. Siempre quisimos ser inmortales, eternos. Más que hombres que envejecen y mueren, más que este invierno que termina para dar lugar a una nueva primavera. Estación que intentaré acobijar invitando a mi mente y mis manos a realizar un perfecto mix entre aquel hombre de mi vida que vivió antes de que encontraran la cura a la diabetes y la vacuna contra la oxidación de las células y éste, mi fiel compañero de andanzas en la más prolongada vejez.

Sé con seguridad y fe que los gallos y los pájaros seguirán cantando cada mañana, sobre todo desde que ya no los comemos. Este hombre cual marioneta que simula ser mi esposo, por el cual pagué y solicité de exactas cualidades físicas, estará acostado en mi cama y con mis intactas ganas de juventud (en esta primavera que empieza una y mil veces) llenaré mis manos y mis caricias con su espalda desnuda, entera, que amo. Sus hombros y abrazos. Su perfecto pelo, su suave y falsa piel. Y dejándome llevar por su delicado calor mecánico, iré bajando despacio por su entrepierna y todas sus partes que fueron, son y serán la parte más hermosa de mi vida.

Y al despertar juntos con el aliento que me queda, que no es poco, empaparé de vapor el vidrio de nuestra ventana (frente a la cama) que da hacia el Obelisco, monumento que conmemora la primera vez que en 1936 se izó la bandera argentina y dibujando un prometedor corazón en ella estaremos listos para una nueva primera vez. Y nuestros ancianos nuevos rostros estarán plenamente iluminados, por el sol de la bandera que flamea justo frente a nosotros.

Aun así, no puedo eludir el dilema recorriéndome las venas, apareciendo y haciéndose sentir de a ratos con cierta molestia cual punzadas en la sangre

¿Habremos hecho lo correcto?

Me planteo y esbozo en relación a cuantas cosas hemos perdido, puntualmente cuantos seres queridos. Y por otro lado cuanto hemos ganado también, cuantas vivencias (en especial la de poder disfrutar de nuestros tataranietos, algo impensado en los viejos tiempos, y el no morir, que por supuesto no es irrelevante).

---

45

Aunque mis abuelos y sus ancestros fueron longevos, nunca me he acostumbrado al sentimiento de profunda admiración que me generaba el observar a cuanto habían sobrevivido aquellas personas que llegaban a cierta edad, pasados los 60, 70 u 80 años (cuando ya se era considerado “mayor”). Hoy las mujeres de esa edad hasta son madres e incluso ya no precisan de un hombre para engendrar un hijo.

Recuerdo lo hipocondriaca que solía ser, el enorme pavor que le tenía a ciertas enfermedades, la mayoría hoy casi extinguidas. Siempre sentí al ser humano tan vulnerable y a la mujer en especial, previo a su empoderamiento y a la sororidad tan favorable de un tiempo a esta parte para la sociedad toda; incluso para aquellos que la veían como una amenaza.

Mi papá avezaba decir que, en un futuro cercano, con tan solo una pastilla diaria, tendríamos el alimento exacto que nuestro cuerpo requeriría con las perfectamente calculadas vitaminas y minerales ¡Un gran clarividente! Ojalá estuviera aquí para verlo.

Envidio a las nuevas generaciones que no están sujetas

a este enorme grado de nostalgia por aquellos que se fueron, dejándonos en profunda soledad al recordar los momentos con ellos compartidos.

Más de una vez me descubro pensando en cómo anteriormente éramos en su mayoría hijos y nietos de inmigrantes, empapados de historias para contar acerca de cómo habían arribado al país y arraigado aquí. Hoy en día dictaminamos ser todos de acá desde hace años luz, de un modo añejo y elástico, como un inmenso hilo rojo. Pareciéramos haber nacido junto con los dinosaurios y tener todos la edad misma del sol.

Recuerdo mis cumpleaños en el Parque Centenario, en el barrio de Caballito. Los picnics y bicicleteadas allí. El lago, los juegos infantiles, los perros, los árboles, la pista de skate, el anfiteatro, los libros, la calesita, los espectáculos callejeros, la música cual banda sonora de esa preciosa escena repetida y el Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, fundado en 1812 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Y en ese escenario, cual novela, él, mi amor, regalándome el libro sobre Vilcabamba (valle situado en Ecuador), a sabiendas de que ya me interesaban estos dilemas (“La eterna juventud” de Ricardo Coler). Siempre atento a mí, se me hizo una hermosa costumbre respirar a su lado bocanadas de puro romanticismo. Los patos cantaban para nosotros, que íbamos amándonos por entre la gente de la feria y las artesanías, entre las que se destacaban las plumas que volaban, colgando de los mandalas y los atrapa sueños de diversos colores, al ritmo del viento.

Y él cumplía al son con la Navidad. A veces todavía, para su fecha de cumpleaños, le pido que vayamos al Parque de la Agronomía, un gran espacio verde que pertenece a la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires, entre los barrios de Villa del Parque, Villa Pueyrredón y La Paternal.

Creada en 1909, es una de las trece facultades que conforman la reconocida UBA. Adoro sus características que me permiten disfrutar de la naturaleza que, a su vez, me hace sentir cerca de la parte más natural y carnal de mi propio pasado.

Para esas ocasiones acostumbro programarle las mismas palabras cada 25 de diciembre, sin cambiar siquiera una coma. Y mientras juntos vamos paseando, bien despacio por las cintas mecánicas (que, muy efectivos, realizaron en color verde para que no contrastaran con la flora del lugar) dentro del parque aún mantenido en pie, va recitándomelas una a una desde hace años, desde que nos conocemos. Describiéndome la fauna (entre la que suelen haber vacas y otros animales de granja), y yo escuchando cada palabra como si fuera la primera vez, enamorándome una y otra vez:

—Las plantas se clasifican en sin flor y con flor. Las sin flor son por ejemplo los helechos, las colas de caballo, los musgos, los pinos, abetos y cipreses —y continuó—. Ésta se llama *Tradescantia fluminensis*.

—¿Cómo? —pregunté yo el último diciembre, empezando ya el verano desde hacía 4 días.

Siempre tuvo la capacidad de sorprenderme. Arrancó un ramillete de esas hojas verdosas y con el mismo tallo, realizando un giro por el epicentro del mismo, formuló un perfecto nudo (óptimo como todo lo que hacen sus manos) y me lo entregó junto con un beso: “Se la conoce bajo el nombre vulgar de Amor de hombre, como el que siento por vos. Te amo mi amor, nos prometimos llegar a viejitos juntos, amarnos eternamente. Y Acá estamos, cumpliendo con eso, con nosotros, en este Buenos Aires que ambos recorrimos y amamos tanto como el uno al otro”.

Agradezco haber congelado y conservado su corazón intacto hasta el día en que fue real la posibilidad de rearmarlo un esqueleto mecánico y artificial que el amor vuelve tan real como el suelo que piso con firmeza en este mismo instante.

Gracias al avance de la ciencia, a la vida y a esta ciudad maravillosa, puedo durante los meses de enero y febrero, al igual que en ese entonces, caminar por la playa urbana de Buenos Aires, sintiendo la brisa y el calor del sol milenario en un atardecer que es exacto al de añoses, observando el horizonte con el alma joven, un amante al lado del otro y oyendo la suave música de las aguas danzantes del Río de la Plata. Reconociéndonos en los ojos de amor con los que siempre nos consideramos. Ayer y hoy, allá y acá. Sentir que es un soplo la vida, que 150 años no es nada... y volver.

Silvia Teresa Gualdoni  
[silviagarber@hotmail.com](mailto:silviagarber@hotmail.com)



## Apenas cadenas, noche y resplandor

El cielo se hizo noche, entre el azul y el negro descolorido del invierno. Los relámpagos se adelantaban a unos truenos ensordecedores y producían un resplandor desparramado sobre los descascarados muros de la celda número treinta y ocho del viejo penal.

La tormenta devino en una lluvia estrepitosa, de gotas incesantes. El viento gris zumbante, arremolinaba su danza de frío y soledad.

Recostado sobre la cama de cemento, con apenas una manta delgada, Vladimir Dumas fumaba con indolencia, lentamente, el cigarrillo que un rato antes había armado. Con cada pitada, el miserable y húmedo lugar, tan umbrío como su alma, se iluminaba tenuemente.

Aún era temprano, faltaban dos horas. Su pensamiento recorría una y otra vez cada detalle previamente planeado con todo el tiempo del mundo. Se sonrió al recordar, incrédulo, la manera en que habían logrado sobornar al guardia cárcel. El viejo parecía tan severamente correcto y sin embargo quedaba claro que cada hombre tiene su precio. Había aceptado el trato y esta noche, en la que él estaba de guardia, se llevaría a cabo el motín, la “Rebelión de los Intratables”, como eran conocidos en la prisión. Denominación que los hacía sentir un poco más fuertes y unidos en la desprotección de un sistema incuestionable. Mendigos, vagabundos, asesinos, desamparados, privados de la libertad. Parias al fin. No podía evitar, en la espera, ver pasajes

de su vida en un cómo y un por qué, corriendo como caudaloso río que pintaba sus tan abiertos ojos de un celeste más intenso, destellando indiferentes a las negras manchas de humedad de la pared, al mínimo agujero con rejas y al camastro helado. Intentaba poner cada cosa en su lugar.

También aquellos recuerdos que alguna vez se perdieron en el tiempo y otras lo habían herido tanto. El silencio dolía como lanzas de plata y la ansiedad carcomiendo las apenas dos horas con sus minutos y segundos. Muy desteñida pero vívida, aquella infancia sin juguete y sin caricia. Sin saber qué alto precio se pagaría más tarde por ese temprano abandono y la calle como espacio. Un conocido rencor subiendo por la garganta de Vladimir, en infinitas voces que se pierden en el tiempo. Pasajes donde la dignidad humana es tan solo un par de palabras de relato y la libertad, el afecto y el amparo, una ilusión que va desvaneciéndose a medida que crece con insolencia la rebeldía.

Reminiscencia de golpes y maltratos en solapados infiernos de comisarías e institutos. Las despavoridas escapadas, el terror de la calle otra vez, pero libre aún rodeado de fantasmas y las vueltas al correccional, refugio para anónimos solos, fueron una constante.

Ella se llamaba Varenka y para él significó la magia. La encontró en la calle de los parias, de los marginales. Llevaba sello extranjero, marca delictiva y desprotección de engaño. Fue allí, en la calle donde tuvieron el amor dulce y amargo de los señalados, pero con el calor que enardece el entumecimiento del corazón. Con el sentimiento, hasta aprendió que el primer beso no se da con los labios sino con la mirada. Y esa impronta ya no se olvida. Todo por ella, su único amor y debilidad.

El resentimiento ante tanta persecución, encierro, tortura,

traslados y más sombras de cárcel, extrañamente lo incitaban a delinquir: Adicciones, tráfico, robos, secuestros... y de ahí a matar un tenue y breve paso. Delgado y frágil límite entre la vida y la muerte. Imágenes nítidas y dolientes junto al temblor cuando solo respira por pensarla en días de soledad interminable; cuando soñarla es obsesión.

Se lo contó Ramón Arriaga, “el Moncho”, hace poco. Había salido con libertad condicional, pero volvió a caer por una pavada, una trampa de financieros mafiosos en la que lo enredaron y él, tan hábil, no se dio cuenta del ardid de los señores “impolutos “del poder.

Fue una noche en la que el hambre, el frío y la desazón les dejaban huellas de pobres seres. Escuchó impasible, de la boca de “El Moncho”, que su Varenka allá afuera lo engañaba con cualquiera y que hacía un tiempo había regresado a su país. Le traía una revista con un par de fotografías que hicieron añicos su corazón de hombre duro pero con huellas indelebles de amor.

Era primavera, lejos, muy lejos de su frío del fin del mundo, de arremolinados y arrasantes vientos. Ella, su Varenka, paseando del brazo de un magnate, en una avenida que “El Moncho”, que era más ilustrado, le leyó deletreando: CherryBlossom, en Bonn, Alemania, bajo un túnel de flores. Distinto a los túneles de los que Vladimir tenía registro. Ella había vuelto a su país y estaba junto a un hombre estilizado y joven que además era cantante y ella tan, tan, bonita como siempre.

Desde ese momento, él no ha soñado más que con la fuga. Eso lo quiebra, retorcido en el recuerdo, mirándose las enrojecidas manos mojadas. Ha soportado muchas pero esto no podrá tolerarlo. Lo aniquila, lo empobrece mucho más, le genera el odio supremo, junto al deseo de buscarla, encontrarla, matarla y morir.

Es medianoche en el penal. Hora de cambios. Los golpes convenidos en la pared con fantasmales manchas de humedad, conocidos dibujos que por años han acompañado sus horas. La reja despintada y conocida de memoria se abre. Vladimir sale por el túnel que lo lleva al lugar donde nadie lo espera.

Fluido turbulento le fluye en las venas. Parece que la luna es suya, ha cesado de llover. Acaba de salir con complicidad del viejo guardia cárcel y corre, corre y más corre, fugitivo de sí. ¿Volver a verla? ¿Mirarla a los ojos antes de...? Solo quiere eso.

Escucha que una sombra a su lado le dice: “¡Dumas, rápido, a la arboleda! Es ‘El Moncho’”, la voz ronca e inconfundible aunque la oscuridad no permita divisar su cara.

Las piernas no le obedecen, no puede, aminora la marcha. El pecho parece a punto de estallar. Los reflectores, resplandores efímeros se disipan y regresan. Los perros ladrando al unísono con las sirenas. Vladimir aprieta los dientes y ahoga las lágrimas, serpenteando charcos de nada.

Es tan insoportable la traición como la mancha sobre su amor, lo único puro que conoció y que hoy se mezcla con el color de los cerezos.

No piensa, sólo siente y odia. Disparos. Silencio. Apenas la medianoche presagiando la aurora.

Apenas imágenes de cerezos rosados... pétalos, pétalos y ella. Apenas Vladimir. Apenas decisiones. Apenas resplandores y engaños. Apenas escombros de vida, mediocridad. Apenas angustia de miseria y de muerte.

## ¡Como si eso fuera tan fácil!

El médico le había aconsejado para su estado de depresión que hiciera actividades para lograr distraerse.

53

—¿Por qué no se anota en algún centro de jubilados? Ahí puede elegir lo que más le guste, jugar a las cartas, bailar tango o folklore. ¿Por qué no aprovecha? ¡Usted tiene tiempo, González! ¡Eso le va a hacer bien, ojalá yo pudiera! ¡Sabe lo que daría yo por hacer lo que me gusta, pero no puedo! ¡Hágame caso, busque algo en qué ocuparse y lo veo la próxima!

Cacho le dio la mano y lo saludó como siempre. No había prestado mucha atención a los consejos, nada de todo eso le interesaba y se había perdido en sus pensamientos en medio de la charla.

Salió del consultorio un poco cabizbajo y mientras llegaba a la esquina pensó en tomarse el subte H para volver a su casa, pero finalmente se subió al 118 porque le gustaba más, respiraba mejor y podía mirar por la ventanilla. Al final, para qué tomar el subte si él no estaba apurado.

Sus hijas también estaban preocupadas, no lo veían muy bien últimamente. Pasaba los días sin nada en qué ocuparse y lo peor era que tampoco mantenía conversaciones como antes. Lo veían de a poco sumirse en un estado de tristeza cada vez más profundo. Por eso se ocupaban de que no le faltara nada en la casa. Alimentos y también remedios que de tanto en tanto él se olvidaba de tomar.

Al llegar a su casa, una de sus hijas lo llamó por teléfono para saber qué le había indicado el médico y si tenía que cambiar de remedios. Cacho solo respondió que el doctor le había dicho lo de siempre, que buscara alguna actividad para ocupar su cabeza en algo. ¡Como si eso fuera tan fácil!

Preparó unos mates y se quedó pensando en que tenía que hacer un poco de limpieza en la casa, en especial en el garaje. Algo que le pedían con insistencia sus hijas desde hacía tiempo. Aunque no le entusiasmaba mucho la idea, admitía que la cantidad de cachivaches acumulados durante tantos años era cada vez mayor. Se había propuesto firmemente hacer limpieza y comenzaría por el garaje. Pero lo dejaría para mañana. Por hoy ya había tenido bastante con ir al médico a regañadientes y obligado por sus hijas.

Al día siguiente, después de comer unos fideos, comida que solía hacer bastante seguido porque no le demandaba mucho esfuerzo ni un gran proceso de preparación, miró un poco de televisión. Por mirar, nada más, ya que su compañía de fondo era la radio.

Desde que se levantaba hasta que se acostaba tenía encendida la radio, costumbre que había heredado de sus padres. Su madre mientras cosía a máquina prefería escuchar Los Pérez García y su padre haciéndole compañía también se quedaba para disfrutar algún tango que transmitía el famoso programa Glostora Tango Club.

Él y su hermano José escuchaban por radio Splendid el programa de Tarzán, mientras jugaban y tomaban la leche. Por eso le gustaba escuchar la radio, aunque no le prestara atención, era su compañía y le recordaba a los que ya no estaban.

Como acostumbraba todos los días después de comer, se

acostaba a dormir una siestita, pero esa tarde decidió comenzar con lo que se había propuesto. Limpiar el garaje. Sabía que le iba a demandar mucho tiempo, pero sobre todo ganas y energía. Dos cosas que últimamente no tenía lo suficiente.

No supo si lo motivó el hecho de darles una alegría a sus hijas o la curiosidad de sentir la nostalgia que le ocasionaría el revisar los objetos viejos, la cuestión es que una fuerza que hacía mucho no sentía lo movió hacia el lugar. Se dirigió allí con bolsas de residuos, cajas de cartón vacías y elementos de limpieza, para comenzar con la tarea de clasificar las cosas que servían y las que no. Estas últimas irían a parar al contenedor que había justo enfrente de su casa, otras quizás las regalaría o llegado el caso las podría arreglar.

El garaje había servido para guardar las cosas que no habían encontrado lugar en otro lado de la casa. Las paredes laterales tenían estantes altos a ambos lados donde se podían encontrar cajas con fotos viejas, artefactos eléctricos rotos o que ya no se usaban, cajas de herramientas, latas de pintura casi vacías y secas por el tiempo, llantas de una bicicleta que ya no tenía, bolsas con arena y otras con cemento endurecido, cables, baldosas que habían sobrado de alguna remodelación y hasta una radio vieja. Fue bajando de a poco y colocando en un rincón las cosas que con sensatez había decidido tirar porque ya no podían serles de utilidad a nadie. Y menos a él que no tenía ganas de ponerse a reparar nada. Iba acumulando las bolsas para llevarlas todas juntas y seguir limpiando antes que se hiciera de noche.

Se sentía un poco cansado por haber subido y bajado de la escalera tantas veces para sacar las cosas y clasificarlas. Comenzó a limpiar y despejar lo que había quedado en el piso y se dio cuenta que hasta el viejo Citroën se veía distinto ahora.

Ya no tenía sobre el techo los cartones y la lona raída que lo cubría desde hacía tanto tiempo. ¿Cuánto tiempo hacía que no andaba? ¿Diez, quince años tal vez? Ya no se acordaba.

El último haz de luz de la tarde comenzaba a despedirse y la penumbra se instaló en el lugar. El cansancio y el letargo se hicieron sentir. Abrió la puerta del auto y se sentó con la idea de descansar un rato.

Tomó el volante y sintió enormes ganas de dar una vuelta, dobló por la avenida Garay y siguió unas cuadras, luego retomó para volver por Urquiza y justo en el semáforo de Brasil escuchó que alguien le gritaba.

—¡Eh, Cacho! ¡El auto sigue perdiendo aceite! ¿Cuándo le vas a cambiar el reniflard de una vez?

Se dio vuelta y vio a José, que tantas veces le había dado una mano para arreglarlo. Aprovechando la espera que le permitía el semáforo, se acercó un poco más y casi a los gritos le dijo:

—¿Te acordás que te expliqué que el reniflard es la válvula que regula la depresión de los vapores de aceite en los motores de autos como este?

El semáforo cambió para darle paso. Cacho no le contestó y mientras arrancaba sonrió y lo saludó con la mano.

Claro que se acordaba, si se lo había mencionado un montón de veces. Ese repuesto lo había vuelto loco, porque no había podido conseguirlo en ninguna de las casas que vendían repuestos de autos viejos. En todos los negocios le decían lo mismo, que mantener estos autos es muy difícil y que ya no se consiguen los repuestos, ¿Por qué no se compra uno más nuevo?



¡Como si eso fuera tan fácil!

La noche lo estaba esperando. Cerró la puerta del garaje y pensó que mañana continuaría con la limpieza que el cansancio y la somnolencia habían logrado interrumpir.

Al otro día siguió con la misma rutina de siempre, tomó los remedios y se preparó unos mates. Caminó hasta la avenida para tomar el colectivo 65 y se bajó en Avenida La Plata. Se acordaba que había una casa de repuestos de autos como el suyo. No tenía la dirección exacta pero igual la encontraría.

Al llegar no tuvo que esperar mucho porque cuando uno de los empleados lo vio entrar, lo miró y sin darle tiempo a que pidiera lo que había ido a buscar, le dijo: “Ya tengo lo suyo. ¡Hace diez años que lo estamos esperando!”.

Raquel María Lio  
[raquelm.lio@hotmail.com](mailto:raquelm.lio@hotmail.com)

## Aquel encuentro

Habíamos recuperado la democracia, la calle era una fiesta, el temor al afuera había desaparecido.

58

Una vez más podíamos encontrarnos con amigos, juntarnos en una esquina u organizar un picnic en una plaza de la ciudad.

Los sueños que habían estado entre paréntesis durante siete años volvían con todo su esplendor.

Las noches de verano invitaban a salir. La ropa fresca, los pies casi desnudos, los brazos descubiertos, la piel bronceada se paseaban con desparpajo por las noches de aquellos fines de semana porteños.

Un habitual punto de encuentro con mi gente era el bar La Biela, en una concurrida esquina del barrio de la Recoleta. Los domingos por la tarde solíamos reunirnos allí. No hacía falta citarnos, íbamos llegando a veces solos, otras con nuestros hijos y la mesa se iba agrandando a medida que éramos más.

Un enorme gomero añoso cubría como un techo abovedado las cabezas de quienes disfrutaban de las mesas de la vereda dejando ver entre la espesura de sus hojas alguna estrella o el discreto dibujo de la luna en cuarto creciente.

Las mesas le daban la espalda al Cementerio como evitando el encuentro con los muertos encumbrados del país. A unos pocos pasos el Centro Cultural Recoleta, era el espacio

donde artistas por fuera del circuito tradicional presentaban sus obras disruptivas.

Rodeando estas edificaciones, la Plaza Francia, con sus imponentes monumentos y la tradicional Feria de Artesanos, aportaba un gran espacio verde donde concurrían grupos de jóvenes y familias los fines de semana.

Disfrutábamos de todo aquello que la ciudad nos ofrecía, estábamos hambrientos de esos manjares.

Por allí era fácil encontrarse con conocidos escritores, actores, artistas plásticos, periodistas, era posible toparse a cualquiera de ellos en la mesa de al lado.

Mis amigas y yo solíamos ir también los sábados por la noche, ya no en plan familiar.

En verano preferíamos una mesa en la calle, era una figurita difícil, había que esperarla, pero valía la pena.

Éramos jóvenes, lindas y nos mostrábamos en busca del amor que por esos días se nos había puesto esquivo.

La vereda se trasformaba en una pasarela por donde desfilaban tanto mujeres y hombres súper elegantes como jóvenes al estilo del hippismo de los sesenta, matrimonios entrados en años que conservaban el aire pretendidamente aristocrático del barrio, parejas de todas las edades, pequeños grupos de hombres y mujeres solos, niños tomando helado, bebés en cochecitos empujados por papás debutantes.

Como telón de fondo podía escucharse la voz de un tanguero acompañado por su guitarra o una grabación de Soda Stéreo.

Una sábadó de aquellos, tal vez por ansiedad o quién sabe por qué, no quisimos esperar y ocupamos una mesa de adentro, que se desocupaba justo en ese momento. Éramos cuatro.

El lugar estaba muy concurrido. En la barra, lugar preferido de los hombres grandes solos, no había más lugar y las sillas estaban todas ocupadas.

Los mozos de chaqueta blanca y moñito negro desplegaban todo su profesionalismo haciendo zigzag entre las mesas sujetando con un brazo en alto las bandejas repletas de bebidas de todo tipo e incluso algún sándwich de lomito.

Muy próximo a nosotras había un hombre joven que me atrajo de inmediato. Estaba solo, con un libro entre sus manos que no leía. Nos miramos primero con timidez, luego sostuvimos la mirada.

Era hermoso, sus rasgos eran tan bellos que a su masculinidad evidente se le agregaba algo de femenino. La boca, la nariz, los ojos, el pelo, su cara en general parecían una representación del ideal de belleza de otro siglo. La mirada parecía triste, por momentos perdida.

Vestía un jean azul, camisa blanca de mangas cortas y un sweater rojo de hilo atado sobre sus hombros.

Yo charlaba con mis amigas sin demasiado entusiasmo, mi atención estaba puesta en él. Rato después me levanté para ir al baño. A la salida, ahí estaba esperándome en la puerta, con una sonrisa.

No tuve que dar explicaciones a mis amigas, todo estaba claro.

Nos fuimos juntos en mi auto. En el trayecto supe su nombre, que era cordobés y que al día siguiente volvería a su provincia. Se mostraba un poco parco para hablar.

Luego de dar vueltas por la ciudad terminamos en San Telmo, en la esquina, otra vez una esquina, de Brasil y Defensa, en el bar El Británico.

El entorno lucía diferente, la gente no parecía querer mostrarse sino en todo caso compartir una buena charla.

Las mesas estaban ocupadas por personajes con aspecto más intelectual. Unos jóvenes que parecían comentar una obra de teatro que recién habían visto, dos parroquianos y un pequeño grupo de turistas.

Enfrente, el Parque Lezama apenas iluminado, me recordaba los paseos con mi papá los domingos soleados de mi infancia cuando, además de pasar largos ratos en las hamacas, recorriamos el Anfiteatro y el Museo Histórico Nacional para, a la hora de volver a casa, detenernos en lo alto de la barranca viendo pasar los autos por las avenidas Martín García y Paseo Colón.

Conseguimos sentarnos con vista a la calle Brasil y pedimos un par de cervezas con maníes.

Al cabo de un tiempo en el que compartimos algunos comentarios poco importantes se produjo un cambio, su mirada parecía otra. Fue entonces cuando él comenzó a hablar y yo a escuchar.

A partir de ese momento todo comenzó a transformarse en otro sueño.

Su tono era monocorde, por momentos me costaba entender lo que me decía, parecía que se hablaba más a sí mismo que a mí, hacía muchos silencios durante los cuales yo sentía que su mirada se iba desvaneciendo.

Supe que hacía poco tiempo había recuperado su libertad después de años de oscuridad, que al momento que los militares se lo llevaron de la casa de sus padres estudiaba arquitectura en la Universidad Nacional de Córdoba.

Fue poco lo que me contó de esa época de su vida, lo suficiente para que llorásemos juntos tomados de la mano.

Yo sentía que estaba solo, frente a una pantalla, como mirando una película que sólo de a ratos compartía conmigo.

Fue una noche larga, plagada de momentos vacíos de palabras, una noche en que el silencio se escuchaba con la sonoridad de un trueno. Las imágenes se escapaban por caminos infinitos, las preguntas quedaban sin formularse, las respuestas, en cuanto asomaban, se perdían en el sinsentido de querer expresarlas.

Casi de madrugada, lo dejé en la estación de trenes de Once y me quedé mirándolo mientras cruzaba la Avenida Pueyrredón.

Susana Mercedes Sananes  
[ssananes@gmail.com](mailto:ssananes@gmail.com)

## Sucesos en Caballito

No puedo salir. Cuánta gente en mi vereda. Pido permiso y escucho una voz que me dice:

63

—Disculpe doña, ya nos vamos. Hoy los camiones blancos llegan más tarde. Somos tantos y no alcanza el tiempo. El lugar se lo dejaremos limpio.

Y empiezo a caminar, abriéndome paso entre los carros cartoneros. Hago equilibrio en forma de zigzag. No salgo de mi asombro. Era la primera vez que se me presentaba algo así en mi barrio, en mi vereda, precisamente en mi vereda. Esto me hace temblar hasta los huesos. Debo andar unas cuadras para abordar el colectivo, no sé cuántas hasta interceptar alguno de los que normalmente pasan.

El paisaje hoy es maloliente. Se amarrona la claridad del día, todo se torna difuso, no sé si está nublado o está cubierto de neblina. Veo siluetas a unos metros, figuras en silencio que van empujando esos carros desbordados de cartones y vaya uno a saber qué otras cosas cargan.

Los colectivos no venían. Me paro frente a un quiosco, ya dentro de la estación de subte José María Moreno. Arriba, en la calle, había sido imposible transitar.

—Buenos días, vecina —me dice el diariero—. Hace rato que no venía por acá. ¿Cómo está la situación arriba en la calle?

—¡Uf! Me costó salir y llegar hasta aquí.

—Cada vez son más.

Y leo los titulares. La desocupación va en aumento, cerraron varias fábricas, los textiles están en bancarrota. Entre otras alarmantes noticias. Mi mente vuela, busca respuesta, quiere salvar a los niños y a los jóvenes que deambulan buscando qué comer, dónde dormir. Los niños juegan inocentes y cuidan sus cartones, ajenos a la situación dramática que viven los mayores.

—Sí, cada vez son más —acepto—. Qué suerte, pude bajar hasta acá. Me siento más segura.

—¿Está segura? —ríe Oscar.

—Por lo menos, llegaré a mi trabajo, me conformo con eso.

Pasan minutos interminables. El subte no viene. Avisan por parlante que está atascado en la estación Emilio Mitre. Los trenes no pueden avanzar. Sigo escuchando los parlantes. Imposible continuar con los recorridos normales. “Disculpen las molestias, estamos trabajando para solucionar el problema”.

Trato de asomarme otra vez a la boca del subte. Todo está tapado de bultos de cartón. Vuelvo al quiosco. Oscar, el diariero, me pregunta qué vi.

—Solo bultos, no hay nada en el horizonte.

—No hay salida, sabía que esto iba a pasar—dice Oscar—. Debemos quedarnos aquí, estaremos más protegidos.

Y empieza a cerrar el quiosco.

Me asomo de nuevo a la puerta de salida. Siento olor a



humo. Escucho gritos, llantos, hay corridas arriba.

—¡Fuego, fuego!

—Llaman a los bomberos.

—Todo se quema afuera.

Oscar toma su linterna y comienza a caminar por las vías.  
Un grupo vamos tras él. Hay humo que entra.

65

—Sigán, sigán —grita Oscar.

Nos va guiando. Llegamos a la estación Avenida La Plata.  
La gente se fue acumulando.

—Debemos ir hacia el río, hacia el Bajo, en dirección a  
Plaza de Mayo —dice Oscar.

La gente con sus celulares alumbra. Me transporto a mi  
niñez en Colonia Carolina, donde las luciérnagas en la oscura  
noche revoloteaban y jugábamos con ellas. Nos bañaba el rocío  
de la noche en verano. Pensé en una esperanza y fue Oscar el  
que dijo, de pronto: “Allá hay una luz, una salida”.

No sé si esto lo estaba soñando, porque la masa humana  
que éramos se encontró con otra masa que venía en sentido  
contrario.

—Hay que salir, se está inundando todo.

El agua parecía ser una bendición. Todo se tornaba  
confuso.

Observo que una multitud viene corriendo desde Rivadavia.  
Me asomo, escucho gritos.

—Hay que salir urgente de abajo —gritan.

El subte estaba lleno.

—¿Qué pasó, qué pasó? —pregunto al montón.

—Hay un caño mayor roto en el Parque Centenario y no pueden detener la salida del agua, se está inundando todo —dice alguien.

—No, es en Obras Sanitarias, por Beauchef. Alberdi está toda llena de agua —dice una señora casi fuera de sí.

Bajo para avisar, pero ya la gente estaba saliendo en forma atropella. Toman hacia el sur de Cafferata, veo a Oscar y a Eduardo que desesperados levantan a los niños que se cayeron, con sus mochilas y los carritos donde llevan sus útiles.

—Hola, qué hacés —le digo a Eduardo.

Con su humor de siempre me dice: “No traje la bicicleta... Ayúdame con estos chicos que van al Calasanz, con los más chiquitos, por favor”.

Vemos una cadena de cartoneros, metro a metro, que van sacando niños y a los que pueden del subte, en la estación Avenida La Plata. Se había cortado la luz. Alzan a todos los que pueden en los carros. Han tirado los cartones al suelo y en la vereda. Ya alguien ha llamado a Defensa Civil. El agua a borbotones sale de las alcantarillas y ya ha llegado a Pedro Goyena.

Oscar, el diariero, se suma. Ha perdido parte del quiosco, pues el agua inundó todo. Mucha gente quiere pedir auxilio en las casas, algunos abren las puertas, otros no quieren por desconfianza y otros simplemente no pueden porque la presión del agua es muy fuerte.

Un helicóptero aparece sobre nosotros. Desde un parlante dicen algo, pero no se entiende bien por el griterío de la gente. Por suerte es el mes de marzo y hace calor. El agua beneficia en este sentido y refresca a la gente. Veo a la directora del colegio Schettino y a un par de colegas, maestras y padres que se adhieren en la emergencia.

Veo a los muchachos del Club Oeste que vienen corriendo con Raviccini y el Uruguayo a la cabeza.

67

—A ver, a ver. Usted, señora, conmigo. Vos, pibe, por acá.

Han abierto el club Oeste y muchos niños son llevados al primer piso. Advierten sobre los cables por temor de la corriente eléctrica. Desde la pizzería “Los invasores”, de José María Moreno y Directorio, llegan los mozos sumando un refuerzo más. Ya no veo a Eduardo, mi amigo de viaje en subte, ni a Oscar, el diariero. La confusión es tremenda. Pero por suerte los cartoneros se fueron sumando como un ejército. Con los cartones contenían en las puertas y zaguanes el agua.

Algunos comentaban que hubo un cortocircuito que originó el incendio y el asfixiante humo que inundó el subte Plaza de los Virreyes-Bolívar. Entendíamos esto por un lado, sobre todo los que como Oscar, el diariero de la estación José María Moreno y todos los que viajábamos en el subte en este horario, como habitúes, casi una familia. Pero lo que nos sorprendió fue el agregado del tema de la inundación, un caño roto, que nadie precisó exactamente dónde se había producido. Las versiones eran tan encontradas que tendían a confundirnos cada vez más.

—El agua va a apagar el fuego —dice alguien.

—Sí —refuta una mujer—. Va a apagar el fuego, pero nos va a llevar puestos. No digan pavadas.

—No es cuestión de discusiones ni de peleas ahora —expresan con firmeza algunos cartoneros.

Se habían decidido a colaborar, organizando a los niños sobre todo y atendiendo a las mujeres mayores, ante el avance torrencial del agua que salía de las canaletas y las alcantarillas en forma que asustaba. Mucha gente entró en pánico. Los empleados y obreros de Obras Sanitarias, de la estación Pedro Goyena, llegaron con máquinas, mangueras y otros elementos para ayudarnos.

No tardaron en llegar los muchachos de Edesur, con sus cuadrillas, camionetas y otras herramientas. El SAME con Crescenti a la cabeza, como siempre, puso las ambulancias a disposición. La llegada de las ambulancias generó en las almas como una esperanza. Desde los balcones, algunos vecinos tiraban sogas y escaleras como para resguardar a los niños sobre todo, ya que el Club Oeste estaba colmado. También los médicos y enfermeras del Hospital del Quemado —ex Bosch— llegaron en auxilio de todos nosotros. Mucha gente estaba agotada, lo peor era la incertidumbre y la desesperación porque el agua no cesaba de fluir.

Defensa Civil desplegó también todas sus fuerzas por el problema que atravesaba la comunidad del barrio de Caballito, un momento inusualmente crítico.

Ya no había temores ni desconfianza hacia el tema de la seguridad: las puertas y las ventanas se abrieron en solidaridad plena por el prójimo. La señal fue que de golpe se puso el sol caliente y pleno, una tibieza que envolvía esas almas angustiadas, que trabajaban arduos por el bien común. No hubo diferencias sociales. Codo a codo los vecinos y las fuerzas todas se pusieron al hombro la situación.

Y cesó el fluir del agua. Llegaban noticias de que también los bomberos habían apagado por completo el fuego en la línea del subte.

Respiré hondo, es decir, todos exhalamos un suspiro de alivio. Acaso el milagro se había producido. Observo que cada uno salió de sí mismo para encontrarse con el otro. Es el sueño que uno desea para nuestra ciudad. Es algo más fuerte que me moviliza hacia una zona interior de alegría, donde se expresa la vida, el aliento, el amor.

—No hay que lamentar vidas, solamente algunos contusos y fatigados por el cansancio —dijo Crescenti con su bonhomía de siempre—. Gracias a Dios.

Y sí, una no piensa en Dios por lo común, pero este suceso en Caballito me llamó a la reflexión, de estar viviendo en una gran ciudad, mi querida Buenos Aires, con vecinos y fuerzas siempre dispuestas al sacrificio. La sensación que me acogió fue que es muy valioso estar unidos ante contingencias límites como la que hemos vivido.

Varios vecinos, al tiempo que nunca nos saludábamos, nos sentíamos amigos y cordialmente relacionados, en saludos afectuosos, nos deteníamos para intercambiar palabras: “¿Cómo le va? ¿Cómo anda usted? Qué lindo día”. En diálogos no obligados, sin urgencias, en plena convivencia del barrio de Caballito.

Ramona Díaz

[ramona\\_diaz@hotmail.com](mailto:ramona_diaz@hotmail.com)

## Buenos Aires, aires nuevos

Viene agosto, con aire nuevo trayendo esperanza, ilusiones y bríos. Se va acercando lenta la primavera, engalanada con brillantes colores alegrando nuestras vidas. Mi corazón se renueva, como a las ramas les aparecen las yemas surgiendo después las hojas y, así, en él florece la ilusión y la pasión. Sí, a mi edad, a mis sesenta y cinco nuevos años. Que es como a cualquier edad. Todavía florezco como la primavera, con mis tiempos, bebiendo pequeños sorbos, despacio, disfrutando el momento.

Los rayos del sol están entrando por el balcón. Me dieron deseos de ir a caminar. Voy a la Avenida de Mayo, me encanta su arquitectura me hace recordar y transporta a Madrid. El teatro Avenida, tradicional sede de las compañías españolas.

Siento ganas de tomar un cortado. No hay mejor lugar que ir al Café Tortoni. Es distinto a todos los cafés. Cada cual tiene su historia. Entro, mi vista se dirige a la mesa que se encuentra del lado izquierdo contra la ventana, que por suerte está desocupada. Es mi mesa favorita, porque Gardel se sentaba ahí.

Viene el mozo Alfredo y me pregunta que deseo. Le pido un cortado. Noto que un señor ubicado en una mesa cercana a la mía, me observa con insistencia. Bajo la mirada, busco mi bolso, saco el celular y controlo los Whatsapp. Llega el mozo, el señor se levanta y se dirige sonriente hacia mi mesa.

—Hola, Pablo —dice Alfredo, el mozo—. ¿Necesita algo?

—No, responde. Deseo hacer una pregunta a la señora.

—La señora es una habitué, igual que usted —comenta Alfredo.

—Soy Pablo Borges. Periodista y escritor. Lamentablemente no soy pariente del famoso escritor. ¿Puedo sentarme?

—Síntese —respondo.

71

—Me llamó mucho la atención, la forma de su entrada tan decidida, dirigiéndose directa hacia esta mesa. Mi defecto profesional es muy fuerte, imagino que debe haber una historia.

—La historia es que esta mesa, según cuenta la leyenda, es la mesa en que se sentaba Carlos Gardel. ¡Amo el tango! ¡Cómo cantaba! Esa es la razón del porque me siento aquí.

Hablando del famoso Borges, también era habitué del Tortoni, como Lorca y Cortázar, y del hotel Castelar en la Peña Signo, como Oliverio Girondo y Nora Lage, entre otros.

—Me presento, mi nombre es Ana, Ana Güiraldes, docente universitaria.

—Encantado —dice Pablo.

—Lo mismo digo —le respondo.

—Cómo vuela el tiempo en buena compañía. Acá cerca hay un restaurante, la invito a almorzar y seguimos conversando. ¿Qué le parece? —pregunta Pablo.

—Acepto —le contesto.

Vamos al restaurante, decidimos almorzar una paella con

un buen vino. Hablamos de nuestras familias, sueños, gustos. Los sueños eran parecidos, el disfrute, los viajes, la buena música, la buena comida.

—Hablando de música, ¿le agrada la Ópera? —pregunta Pablo.

—Sí. La primera Ópera que vi en el Colón fue Madame Butterfly. No sé si será por eso que es mi ópera favorita.

—¡Qué casualidad, hasta en eso coincidimos! Ana, quiero hacer un brindis. Doy gracias a la vida por sus regalos. En este día veinticuatro de agosto, cumplo sesenta y cinco jóvenes años y me obsequia una bella compañía. Tengo la sensación que la conozco hace bastante tiempo.

—A mí me sucedió lo mismo cuando se acercó a mi mesa.

—¿Qué le parece si el sábado nos encontramos a eso de las tres de la tarde en la Plaza San Martín? —pregunta Pablo.

—¿En qué parte? ¿Podría ser en el monumento a la Duda? ¿Qué le parece? —pregunto.

—Sí, hermoso monumento de Louis H Cordier. Fue comprado por Manuel Güiraldes. ¿Lo sabía? ¿Eres pariente?

—No, de mi familia nadie es famoso.

Escucho el timbre. Me despierta. Miro el reloj, son las nueve de la mañana. ¿Quién será? Abro la puerta y es mi hermana Juanita.

Todavía estoy en un estado entre despierta y dormida. ¡Fue tan vívido el sueño! Me pregunto: ¿será un sueño premonitorio?



Juanita me dice: “¿Compraste el regalo para Luisa? Ya tuviste varios días para comprarlo, hoy es veinticuatro de agosto, es su cumpleaños, tenemos que estar en su casa a las veinte horas”.

Veinticuatro de agosto retumba en mi cabeza. Voy a mi cuarto, me cambio, me preparo para salir.

—¿A dónde vas? ¿Compraste el regalo? No me respondiste.

—Sí, lo compré. Le cuento a mi hermana el sueño que tuve, le hable de Pablo, del cumpleaños el veinticuatro de agosto y hoy es justo veinticuatro de agosto.

—No seas adolescente, ¿para qué vas a ir? —comenta mi hermana.

—¿Qué tiene de malo ir al Tortoni? Es para comprobar el sueño. Tengo curiosidad. ¿Vos no la tendrías?

Tomo el colectivo. En el camino me siento de la misma manera, como cuando impartí mi primer clase en económicas: ese estado de nerviosismo. En momentos dudo, digo, quizás, Juanita tiene razón. Decido seguir. Bajo del colectivo cerca del café. Llego, entro, dirijo la mirada hacia la mesa, está desocupada. Llega el mozo y le pido un cortado. Presto atención a las mesas, en ninguna de ellas está Pablo. Pasan las horas. Pago mi cortado y me voy a casa. Al final no era un sueño premonitorio.

Juanita pasa a buscarme para ir a lo de Luisa. Fuimos las primeras en llegar. La cumpleañosera estaba radiante. Vengan, nos dice, les voy a presentar a mi mellizo. Por fin vamos a celebrar el primer cumpleaños de adultos juntos.

Empalidezco. Mi hermana lo nota. Me pregunta: “¿Te sentís bien?”.

—Sí —respondo—. Es el hombre que te comenté, el del sueño.

—Les presento a Pablo. Pablo, ellas son Ana y Juanita —dice Luisa.

—Encantada —respondemos.

—Ana, le veo rostro conocido. ¿De dónde? —comenta Pablo.

—Me sucede lo mismo, ¿de dónde? —respondo.

Al día siguiente suena el teléfono. Es la voz de un hombre, no la reconozco.

—Soy Pablo, el hermano de Luisa.

Mabel Hoyos

[mabelhoyos@yahoo.com.ar](mailto:mabelhoyos@yahoo.com.ar)

## Secretos de la infancia sí tienen importancia

En ese entonces, María tenía cuarenta años y su papá ya había fallecido.

Ese día, ella caminaba por la calle Migueletes, barrio de Belgrano, buscando en la numeración el edificio donde la reflexóloga tenía su consultorio. Estaba acalorada después de caminar desde donde el colectivo la había dejado y con la temperatura abrasadora de ese anochecer de enero.

Llegó por fin. Tocó el timbre del portero eléctrico, le abrieron, entró y tomó el ascensor que la llevó hasta el piso once. No había palier y, al poner un pie fuera del elevador, se adentró a un mundo mágico; al menos así lo sintió ella. Todo era etéreo en aquel ambiente decorado con lujoso buen gusto.

Rocío, reconocida profesional y docente de otros reflexólogos, la invitó a seguirla a una sala donde todo era de color celeste pastel. En el centro, enmarcada por las drapeadas cortinas que caían pesadas a los costados de un enorme ventanal, elevada sobre una tarima, una magnífica “chaiselongue” estilo Luis XV la esperaba.

María se recostó descalza sobre el cómodo diván acolchonado, a solicitud de Rocío, quien se sentó en un silloncito continuo al piecero colocado más abajo. Casi enseguida comenzó el masaje.

Poco a poco, a medida que Rocío presionaba distintos puntos en sus pies, María iba entrando en un estado de somnolencia para pronto quedarse dormida. Su cabeza flotaba en aguas tranquilas produciéndole ese placer que solía sentir en los momentos del amor profundo. Seguía sumergiéndose en la inconsciencia, mientras ese flotar se convertía en vuelo. Ahora era un vaivén en el aire como el que los llevaba de un lado al otro, a ella y a Luis, su entrañable amigo de la infancia, la hamaca doble de listones de madera pintados de rojo, en el patio de su casa en el barrio de Villa del Parque.

Pero en esta ocasión, se encontraba sola en la hamaca. Era una calurosa noche de verano, también de un mes de enero, tenía once años y próximamente viajaría sola a Chile, a la casa de su tía. Estaba en Buenos Aires con su papá, quien la iba a llevar al aeropuerto, mientras su mamá y sus hermanas estaban ya veraneando en la costa.

La hamaca fue desapareciendo bajo sus pies cuando su papá la tomó del hombro para llevarla por el aire de una punta a otra de la cuadra de su casa. Sin embargo, esta vez no era, como acostumbraba, para contarle sus cosas; esta vez la invitaba a mirar hacia abajo mientras sobrevolaban el barrio y esa callecita del pasaje donde vivían.

Hicieron una vuelta en el aire y se dirigieron hacia la avenida Jonte. Bajando por Jonte llegaron a Campana. Allí abajo estaba el árbol contra el que María había chocado mientras caminaba, absorta y confiada, a sus casi seis años, última en la fila de manos agarradas a la de la mamá que ese día llevaba a varios chicos del barrio al colegio. Ese día, María se rompió la nariz.

Continuaron el vuelo y su papá la hizo mirar de nuevo

hacia abajo. Eso que se veía era su escuelita y la calle aún de barro. En la puerta, recibiendo a los chicos está la señorita Silvia, de preescolar. De su mano está Dani, el compañerito de María que un día, subido a una de las pequeñas mesas, justito al lado de María, había descargado toda su diarrea. Dani, el mismo que mordía las gomas de borrar, produciendo un olor que María jamás logró olvidar y que, asociado a la escena de su descompostura, era el origen de su aversión a las banditas elásticas. En el patio, María se ve a sí misma con la directora Graciela preguntándole por qué había llegado tarde ese día y a ella que, llorando, respondía con una mentira. Era verdad que el papá de su amiga había muerto, pero no había llegado tarde por eso como dijo y esa mentira que la directora recibió conmovida seguía siendo para María una pesada culpa.

Otro giro en el aire y papá le señala a José, compañero de María hasta tercer grado. José está caminando hacia la casa de María, llevando en las manos el globo aerostático pintado con pintura de aluminio que ambos han hecho como tarea. De grande, María se había preguntado tantas veces sobre qué sería de la vida de José.

Un poco más allá, ahora subiendo por Jonte, el viaje los lleva hasta la esquina de Vilardebó. Allí, María se ve en la casa de su abuela. Se ve muy chiquita, perdiendo los paletones de leche cuando la escalerita tijera de madera a la que se había trepado se cierra arrancándoselos. Al momento siguiente, su abuela le está enseñando a tejer y, enseguida, María está subida a una silla mientras su abuela le cura las rodillas lastimadas en la plaza Martín Pescador.

Su papá la sostiene ahora de la mano y están de nuevo sobrevolando el pasaje Enrique de Vedia. En la vereda de enfrente a la casa familiar está Luis, subido a una banqueta

forrada en hilo sisal. Está vestido con su traje de comunión, cantándole el chamamé “Merceditas” a una embelesada María, casi cuatro años menor que él. En su ensueño, María aún siente que esa fue la primera canción que le dedicaron en su vida.

Allí sentado junto a sus amigos, en la misma vereda de su casa, está Manuel, el hermano mayor de Luis. María le está pegando una bofetada porque él la llamó cuñada y ella es apenas una nena chiquita que no entiende de bromas.

Zigzagueando en el aire, María vuelve los ojos hacia la terraza de su casa y allí está, otra vez junto a Luis, descubriendo con un juego de química cómo hacer el color azul. Algo que la marcó para siempre, porque María pinta y los fondos de sus pinturas están poblados de azules.

Cruzan volando la calle y María siente una repentina angustia. Sabe que, si mira hacia ese edificio de apenas dos pisos, va a volver a ella la oscuridad, entonces insta a su padre a seguir el recorrido.

Sobre el mismo lado de la calle ahora es María quien le pide a su papá que mire hacia abajo, para que pueda verla repasar una y otra vez los dibujos que Alicia, otra vecina de su misma edad, hace en sus clases de dibujo y pintura. “Papá, mirame”, dice María, y añade: “¿Podés ver cuánto deseaba yo que me permitieras tomar clases de pintura?”. Y se felicita a sí misma porque, contra viento y marea, en su adultez logró cumplir con esa asignatura pendiente.

Vuelven a atravesar la calle. Allí se ve María junto a Laura, quien trata de convencerla de que su papá está dormido, pero María sabe que el papá de Laura está muerto. María trata de complacer a su amiga y rezar con ella el Ave María, pero a pesar de tener apenas diez años, sabe que para ella eso no está bien;

en su familia no se dicen esos rezos y nadie le habló aún de Dios.

Ahora, María le está pidiendo prestada a Laura su bicicleta, con la que aprendió a andar y está yéndose por la calle hacia la esquina de Lascano. Desde el aire, María y su papá tratan de apurar el vuelo para seguir a la María pequeña, la del sueño. Cuando logran alcanzarla, la bicicleta está en el piso y la pequeña María está llorando, mientras el molesto Andrés la llama “la nena que llora y mira la luna”. Desde su estado de inconsciencia, María, la que ya es grande, trata de decirle a su yo chiquita que no vale la pena enojarse o entristecerse por lo que Andrés pueda opinar, que ella va a crecer y va a ser una mujer fuerte y sensible, que va a seguir mirando la luna cuando le dé placer hacerlo y que va a aprender que llorar no implica debilidad. Y la ve tragarse las lágrimas, levantar la bicicleta y emprender la marcha hacia la casa de Laura.

Una nueva voltereta en el aire y María y su papá vuelan también hacia lo de Laura. Ven cómo Laura trata de convencer a María para que entre sola a la terraza de la casa, pero María no quiere, tiene miedo. Laura siempre le dijo que allí, tras el vidrio esmerilado que está por arriba del hueco de la escalera, se encuentra el hombre a quien le faltan dedos. Y María, aún en el sueño, sabe que nunca pudo superar el miedo, vive atemorizada y en su casa se encierra tras varios cerrojos.

Sigue el viaje, ahora María vuelve a verse en su casa de la niñez, se ve nena, como de siete años y está en el patio jugando a las estatuas con Laura y con Luis. De pronto cambian de juego y ahora Laura mira a sus amigos convertirse en rey y reina. Cuánto le ha costado a María, la adulta, entender que primero tiene que ser reina para después encontrar un rey al que le guste que ella no se comporte como una estatua que

cambia de postura y lugar cuando alguien se lo indica.

—¡Ay papá! Por favor, dejame ver cómo juego trepándome al Rastrojero del papá de Claudio. Allí están jugando juntos todos los chicos, los más chicos de la cuadra. Está Laura, Alicia, Marta, Claudio, Luis y, por supuesto, está María. Bailan, saltan y bailan.... ¡Ay qué lindo es bailar!

María vuelve a planear por encima de su casa. Mira y se ve con sus trece años observando cómo Luis, con el índice y el pulgar de la mano derecha colocados sobre sus labios, trata de enseñarle cómo se besa. María tiene ya su primer novio, quien aún no le ha dado ese beso con el que ella sueña y quiere estar lista para cuando llegue el momento. Entre nebulosas sabe que aún ahora, ya grande, sigue soñando un amor de cuentos.

Pero el padre la saca de ese ensimismamiento y la conduce de nuevo hacia la esquina de Jonte, al interior de la casa de Elba. En el comedor están desplegados los libros y cuadernos que María utiliza para aprender todo lo que Elba le está enseñando para saltarse un grado. Y esto se repite. En la inconsciente memoria de María habita el miedo a los exámenes, paralizante, que en su vida adulta le ha complicado el camino a un título.

María vuela otra vez a posarse por encima de su casa. Ve a sus padres discutiendo, como tantas veces. De pronto, también como tantas veces, Luis entra a la casa de María con un tomate en la mano y se lo pone a ella en la boca; así, con un tomate como chupete, la calma y la lleva hacia su propia casa, cruzando la calle. Así la protege.

En el aire, María se suelta de su padre y se siente saltar con fuerza. La discusión la había despertado de su ensueño y se había incorporado en la chaiselongue. Pero estaba sola en



esa impactante habitación que ahora le parecía desconocida.

De pronto, Rocío abrió la puerta, se asomó y le preguntó a María si se encontraba bien y si quería hablar de lo sucedido. “¿De lo sucedido?”, se preguntó María.

—¿De lo sucedido? —le pregunta a Rocío.

—Sí, de lo sucedido —le contesta Rocío—. Te vi levitar, te levantaste por arriba de la chaiselongue.

María, sumamente asombrada por las palabras de Rocío, le contó todas las sensaciones que tuvo mientras realizaba ese tan extraño viaje por su infancia, pero sin decirle todas las cosas que había creído ver desde el aire.

Después de escucharla atenta y uniendo el relato de María a su visión, Rocío le aseguró que lo que había experimentado era la realización de un viaje astral. Y que seguramente había visto todo aquello que, como un secreto, había guardado bajo cerrojos en su memoria. Que debía permitir que todo saliera a la superficie porque si su cuerpo astral había salido a buscarlo, ese todo debía ser importante.

María, sin querer revelar más que lo que ya había dicho, se fue, contenta de haber podido revivir en sueños parte de su infancia.

Lidia Ana Iofik

[lidiaiofik@gmail.com](mailto:lidiaiofik@gmail.com)

## Viaje sideral

*Las palabras nunca alcanzan cuando  
lo que hay que decir desborda el alma.*

Julio Cortázar

Todo sucedió durante una mañana de sol mientras caminaba por la avenida Corrientes hacia el Obelisco. A punto de cruzar la avenida 9 de Julio pensé que algo importante iba a sucederme, sentí una metamorfosis en mi interior. Ocurrió unos minutos después de que pisara la Plaza de la República.

Estaba atravesando un momento nuevo, inmersa y nadando dentro de él, como la surfista que va en busca de la gran ola.

Ese día no tenía obligaciones ni urgencias que cumplir, había decidido deambular por el centro. Sabía que en aquel sitio se había izado, por primera vez, la bandera argentina en la Ciudad de Buenos Aires. El tiempo se presentaba despejado para zambullirme en lo que gustaba: Mirar en dirección al cielo. Había extendido mi cuello hacía atrás para elevar la vista, pues deseaba observar la punta de ese poliedro irregular de ocho caras laterales. La visión de aquella torre, de setenta metros de altura, me distrajo por un rato.

Parada en ese emplazamiento por el lado norte del Obelisco, de repente, sin aviso previo, sin hacer ruido ni escandalizar a nadie, mi contemplación fue interrumpida por la aparición de una nave espacial, piloteada por un amigo de mi padre que había muerto antes que él. Aunque ninguno de los dos vivía ya. Habían venido a buscarme para dar un paseo por el Universo. Mi padre, que oficiaba de copiloto, me invitó a subir. La ausencia de miedo fue clave para mí.

Hasta entonces, pocas veces en mi vida había sido protagonista consciente del momento exacto en que algo que me estaba sucediendo me cambiaría para siempre.

Confiaba plenamente en ellos y en esa nave que terminaría siendo la “tabla mágica” que me daría el poder de surfear la ola más alta de mi vida sin dificultades.

Sin saberlo entonces, embarqué de prisa llena de seguridad, aceptando el desafío de inmediato. La vida me ofrecía una oportunidad única. La buena noticia fue que nadie me detuvo.

La nave comenzó a desplazarse sigilosa y, desde las alturas, yo iniciaba mi aventura. Podía observar todo desde el aire, sin anteojos ni binoculares. Me sorprendió ver la ciudad de Buenos Aires con tanta nitidez: sus edificios emblemáticos, monumentos, plazas y parques.

La visibilidad era total y el día se presentaba diáfano. Como si sobrevolara una inmensa maqueta, pude avizorar los diferentes estilos arquitectónicos. Se divisaba con nitidez la Avenida del Libertador, el Monumento a Los Españoles, La Rural, los Jardines de Palermo, el famoso hipódromo y elegantes edificios, la Plaza San Martín y la Estación Retiro. Entonces entendí por qué a Buenos Aires la apodaban “La París de América”.

De pronto sospeché que un plato volador había estacionado sobre Buenos Aires. Estaba allí rodeado de caminos sinuosos, pero luego descubrí que se trataba del Planetario “Galileo Galilei”. También me llamó la atención la Casa Rosada. Sobrevolamos la Avenida de Mayo hasta el Congreso, por un instante creí planear sobre Madrid, recorriendo La Gran Vía. Un cóctel de estilos: Español, art decó, art nouveau, neogótico, italianizante y francés, marcaban la influencia europea en la edificación de algunas zonas.

Tanto cielo mezclado con el contorno de la Capital era, para mí, maravilloso. Luego la nave se aproximó al río, distinguí con claridad el histórico Club de Pescadores con su muelle, las marinas y las grúas del puerto. Las costas sinuosas y amarronadas, los diques, el Puente de la Mujer y los aviones que cruzaban debajo nuestro. Algunos despegaban, mientras que otros aterrizaban en las pistas de Aeroparque bordeadas de verde gramilla.

Me alucinó el río poblado de veleros y otras embarcaciones.

Ya no tendría que preocuparme por viajar al exterior, pensé, para disfrutar de una gran ciudad. También reconocí barrios vulnerables, sitios muy humildes. A medida que nos desplazábamos seguía disfrutando de la vista, los suburbios y los lugares residenciales. Todo parecía de juguete: canchas de fútbol, de tenis, de golf, casitas, automóviles, caminos, rutas y campos.

Al elevarnos aparecieron los diferentes recortes del terreno, equivalentes a las creaciones misteriosas de teselado de un plano. Recordé una obra de Escher. El panorama se presentaba definido ante mis ojos, poblado de polígonos multicolores en una paleta de tonos verdes y ocre. Alejándonos aún más de la

superficie terrestre, las figuras se achicaban sin perder nitidez. Aunque cada vez me resultaban más difíciles de observar.

Yo no hablaba. El piloto y mi padre tampoco. Ambos llevaban puestos auriculares y miraban adelante, hacia el horizonte.

Finalmente tuve la visión de una imagen satelital: el continente americano completamente verde, rodeado del azul intenso de los océanos; después la redondez del mundo. Fijé la mirada en el gran escenario.

Me excitó observar con ojos matemáticos a la Tierra, tan perfecta. Una pieza de arte natural, concreta, sostenida en el espacio estelar.

Mi asombro era tal que no emití palabras. Sentada en la nave, mi visión era espectacular y podía escudriñar todo. No existían vidrios, ni ventanas; sin embargo, estaba protegida. La fascinación era total, en la misteriosa espaciosidad del Universo, era consciente de mi serenidad.

Pude ver la esfera celeste ideal, sin radio definido, concéntrica con el globo terrestre.

Mi padre, junto a su amigo, me había separado de lo terrenal, sacándome a dar una vuelta por el espacio infinito. Fue un viaje sideral donde no hacían falta palabras. No era necesario. Supuse que sería una aventura sin extremo. Un paseo sin límites, una infinita secuencia de sensaciones concretas y fantásticas. Nos desplazábamos cómodamente. Yo no tenía hambre, ni sed, tampoco angustia, ni temor. Me sentía plena.

No se trataba de una ilusión óptica que me permitía vivir un fenómeno sobrenatural. Mis ojos no me engañaban, mis sentidos tampoco. No estaba confundida, era real.

Íbamos muy rápido atravesando las distintas capas que rodean la Tierra, escapando hacia el espacio exterior. Yo no pedía explicaciones, me limitaba a contemplar el recorrido. Mis ojos y mi mente se trasladaban a diestra y siniestra fuera de la nave. Su estructura intangible me resultaba compacta. Iba sentada detrás de dos hombres increíbles.

En un momento la luz del sol desapareció y, al cabo de un segundo, se abrió ante mis ojos una ventana inesperada: El cielo profundo se pobló de estrellas titilando entorno nuestro.

Mientras navegábamos en el vasto Universo, me resultaba estimulante explorar niveles extraterrestres. Entendía que aquello era tan solo un vistazo a la riqueza que existía en todo el cosmos.

Sentí que el cielo nocturno era el mejor refugio. Me conectaba con soles, cometas y galaxias. Nos desplazábamos en silencio entre partículas de luz inalcanzables que viajaron millones de kilómetros, durante miles de años e impactaban ante mis ojos curiosos.

De pronto identifiqué bien la Cruz del Sur y las Tres Marías. ¡No podía creerlo! Solía contemplarlas de niña, con mi padre, en las noches de verano en el campo. Supuse que estábamos transitando la Vía Láctea.

Evidentemente mi padre había elegido el mejor día para invitarme a pasear, el cielo, de un límpido excepcional, el clima más que benigno y yo con mayor disponibilidad de tiempo para viajar a otros mundos.

Vino a mi mente la frase de Galileo Galilei: “La Matemática es el alfabeto con que Dios escribió el Universo”.

Reconocí que los soles perdidos en el vacío, las estrellas

titilaban con diferentes colores. Los tonos pasteles iban del rojizo, pasando por el amarillo, hasta llegar al blanco muy intenso, casi azulado.

¡El cielo ya no era un límite! Eso tan humano de poner la vista en él me había atraído y estimulado siempre. El interés, la curiosidad y la admiración por el Universo me movilizaba desde pequeña. Mis padres solían decirme: “¡Fíjate dónde pisás, vas a tropezar si seguís mirando el cielo!”. Yo caminaba levantando la vista cada dos por tres.

Pero ese día tan especial mi padre me había llevado más allá de los límites esperados, me había acompañado a visitar sitios impensados. Transformando mis sueños en un viaje personal.

No vi planetas fuera de nuestro sistema solar, girando en torno a estrellas. Estaba segura de que en esos puntos luminosos, que son las estrellas, había otros mundos, algunos como el nuestro, con agua y con atmósfera pero, ¿también con vida? Olvidé hacerles esa pregunta. Supongo que lo averiguaré en otra oportunidad.

Emprendimos el regreso. De pronto los controles de la nave registraron la Avenida Quintana, la Basílica del Pilar y el famoso cementerio de La Recoleta. Con precisión matemática ubicaron el “gran árbol del caucho”, un punto verde gigante. Se caracteriza por desarrollar raíces aéreas y fuertes que son la clave para anclarse y poder expandir sus ramas gruesas y horizontales.

Mi padre me había mostrado, antes de morir, que la base de ese árbol tenía alrededor de diez metros de diámetro, su copa rondaba los cuarenta de altura y las ramas que superaban los treinta metros de largo estaban sostenidas con puntales de hierro. Incluso me había explicado que resistió un intento de destrucción cuando se hicieron obras en el lugar. Pero fue

salvado por la defensa que plantearon los vecinos, que evitó que lo derribaran. Fue durante los tiempos de la dictadura, cuando protestar era peligroso. Esa zona se convirtió en un Área de Protección Histórica.

—El rescate promovido por la gente es el que, en la actualidad, permite que nosotros, como tantos, podamos sentarnos a su sombra para disfrutar un café de La Biela —dijo mi padre, una tarde mientras gozábamos de un rico café expreso.

Finalmente, la nave descendió en la plaza Juan XXIII, sobre la copa del histórico gomero; en silencio, con suavidad, sin dañarla. Nadie lo notó.

—Te dejo en un lugar seguro —sentenció mi papá.

La nave desapareció, como si se hubiera ido a otra dimensión.

Bajé por las ramas del gomero que, milagrosamente, se transformaron en un envolvente tobogán por el que me deslicé hasta tocar el suelo.

Caminé unos pasos rodeando el árbol y descubrí que el tobogán había desaparecido y, en su lugar, gruesas y pesadas ramas tocaban el terreno.

Le di una palmadita en la espalda al hombre de hierro que sostenía una de sus ramas.

¡Me desperté feliz! Salté de la cama, desayuné y caminé hacia ese sitio. Me detuve frente al “Atlas de Recoleta”, seguía allí firme, sosteniendo la misma rama. Miré hacia el cielo y sonreí serena.

Capitalicé esa experiencia, ya que representó una bisagra



en mi vida. Ese día no necesité tomar distancia temporal para poder ver y saber qué me dejó aquel suceso, qué aprendí y en qué me hizo evolucionar.

Stephen Hawking, el hombre cuya mente permitió pasear por el cosmos anclado en su silla de ruedas y desafiar algunas de las cuestiones más profundas de la ciencia moderna, dijo: “Creo que mi mayor logro es haber inspirado a la gente a pensar acerca del cosmos y de nuestro lugar en él”.

---

89

Mi padre, más presente que nunca, me recordó que debía tener más fe. No lo perdí cuando murió, no quedé desorientada ni sola. Su “visita” me lo acababa de confirmar.

La vida me situaba en un espacio de tres dimensiones: lo onírico, lo posible y lo probable.

El secreto de mi alegría: verifiqué que se puede soñar sin límites.

María Cristina Borla  
[tinyborla@gmail.com](mailto:tinyborla@gmail.com)

# **Sueño de una noche de verano.**

## **Un momento de placer**

90

Debido a la soledad que vivo en cuarentena durante muchos meses, mis costumbres cambiaron. La irrupción inesperada de un virus, con corona, que llegó con el propósito de atacar y poner en riesgo la vida humana, ha provocado un acontecimiento mundial incomprensible; al cual, sin medicamentos posibles y con el temor de enfrentarlo, solo se puede eludir permaneciendo escondido. Dando lugar a la creación de un hábito distinto, alejado de tratos afectivos, comunicado por medios virtuales. Soporte digital de importancia para no exponerme a contactos con personas, ante el riesgo de contagio, fuera de mi casa. Viviendo un momento difícil bajo los efectos de la feroz pandemia. Ante la cual, científicos prominentes, de laboratorios mundiales, investigan para combatirla. Así transcurren días de hastío cuya rutina sólo cambiará con el descubrimiento de antídotos, ligados a una nueva era de bienestar social.

Desafiando el letargo, una madrugada, de incógnito, para recuperar energías, escapé del encierro yendo hasta el galpón junto al jardín, donde estaba el dron estacionado. Prototipo que construyó mi amigo Ricardo, investigador del Conicet, con nuevas tecnologías y comandos automáticos, preparado para transportar a una persona sentada dentro de una cabina protegida con paneles acrílicos, transparentes. Pequeño vehículo aéreo, con cuatro turbinas eléctricas y ocho hélices. Versátil

para volar y llevar a cabo el audaz intento de conducirlo en forma autónoma. De acuerdo con las instrucciones del manual de procedimientos, quité los cobertores, verificando el correcto andar de todos los artefactos. Seguro con el resultado de la inspección, calcé en mi cuerpo la indumentaria correcta con los protectores faciales adecuados y sin otras consideraciones decidí, por primera vez, partir desde mi casa con el original aparato, en un vuelo por el cielo oscuro, en libertad, buscando fortalecer mi ánimo. Subí y ya sentado ajusté los cinturones de seguridad, poniendo en marcha la nave. De inmediato, con evidente carga de nervios, inicié el ascenso entre robustos tilos y plátanos callejeros, cuyos follajes se veían brillantes, iluminados por los faros del dron. Acontecimiento novedoso, de volar sobre la Ciudad de Buenos Aires, por sus calles plateadas, con surcos de vehículos apresurados, como ríos en colores. Mientras iba avanzando mayor era mi confianza. Hubo quienes creyeron que era un ovni, volando a baja altura sobre la Plaza Pueyrredón, parejas de enamorados prefirieron retirarse veloces del lugar. La antigua Basílica San José de Flores, sobre la que giré, presentaba imponente aspecto de guardiana mirando la plaza. Cerca aparecía resplandeciente el casco de la vieja chacra Los Remedios, en el Parque Nicolás Avellaneda, entre añejas arboledas y su distinguido estilo colonial, con la historia de gauchos, montados a caballos arriando ganados entre pastizales y campos sembrados. Lugar que fue, también, cuartel y hospital de sangre, donde aún resuenan, entre paredes, las palabras de su antiguo dueño Domingo Olivera: “El éxito depende del esfuerzo, el hornero no mira al cielo, trabaja”.

Liberado del nerviosismo inicial y confiado en mi tranquilidad, hice ascender la nave y cuando los instrumentos indicaron cien metros, de altitud, conduje en dirección al Riachuelo. Bordeando el cauce, mientras veía las oscuras aguas corriendo hacia el Río de la Plata, pronto llegué a la Vuelta de

Rocha, en el barrio de la Boca, desde donde inicié un corto recorrido por la zona practicando entretenidos vuelos, algunos rasantes sobre viejos barcos anclados. Buscando un espacio para descender, encontré apropiado hacerlo sobre la azotea del museo Quinquela Martín. Alentado por el entusiasmo, resolví visitarlo, aunque, por la hora, en el museo no había nadie, pero la oportunidad era buena para contemplar obras de arte en soledad. La escasa visibilidad, por falta de luces, dificultaba llegar a la escalera principal, que por fin encontré. Pocos escalones había bajado cuando escuché sonidos musicales del piano. Me acerqué y vi un piano de cola pintado, con el teclado a la vista, sonando sin el ejecutante. Inesperada situación que me produjo estupor. Repuesto, seguí descendiendo hasta la galería donde se exponen las obras: El Puerto y el Trabajo, A Pleno Sol, Día Luminoso, Chimeneas y otras más. Entré viendo otra sorpresa conmovedora. A los cuadros les faltaban los estibadores, quienes huyendo dejaron esparcidas tablas y bolsas por el piso. Salí de la sala y volví a entrar, varias veces. Situación desconcertante. No obstante, sin pensarlo, fui directo a la galería donde se encuentran los grandes mascarones de proa rescatados de antiguos barcos. No tardé en llegar. Panorama impresionante. El salón había perdido la prolijidad habitual ante la presencia de concurrentes ajenos al lugar. Transformado en pista de baile, presentaba un espectáculo que, además de inesperado, era pintoresco. Centelleantes luces multicolores daban distinción a los mascarones, quienes, formando parejas con los rudos estibadores, escapados de los cuadros, danzaban tratando de acompañar los ritmos del piano, con brincos y disparatados movimientos, algunos no tan evidentes, gracias a las habilidades que para el baile tenían los estibadores, en medio de un clima alegre, con sensaciones de libertad. Donde los más exaltados amplificaban con retumbantes sonidos los rústicos choques y sacudidas de sus rudimentarias

figuras, con aparentes emociones musicales. Presente en dicho entretenimiento superador de todas las expectativas, rodeado de ciertos cuchicheos, que hacían chirriar mis dientes, suscitando desconcierto y temor, preferí alejarme y retornar por las escaleras. Inmerso en fantasmales espacios, anhelaba descubrir un lugar con personas para acompañar mi recorrido en el museo.

El aroma de comida recién hecha, que percibía mi olfato, me llevó a investigar en la cocina, sin nadie presente. Seguí por otras habitaciones escuchando que desde el dormitorio llegaban leves sollozos. Eran las angustias de Alfonsina Storni cuando Quinquela le respondió con voz terminante: “Con ese loco, no”. Ante la propuesta de su amante, Horacio Quiroga, para vivir con ella en Misiones. Era evidente que la casa, además de obras de arte, guardaba las voces de célebres visitantes, como la resonante de Benito Mussolini, en los pasillos, con gritos toscos, su enojo, porque Quinquela se había negado venderle el cuadro *Crepúsculo* en el Astillero.

Detonaciones de copas brindando, típicas en ambientes festivos, mezcladas con voces, muchas voces murmurando juntas, incomprensibles. De pronto callaron. Solo la voz del “Gran Maestro” se oía con nitidez, otorgando la mención de “Caballero de la Orden del Tornillo” a Charlie Chaplin. Recibido por su hija Geraldine, quien, mediante suaves y expresivas palabras con notorio acento español, agradeció: “Con emoción, muy agradecida, recibo este premio en nombre de mi padre, que no pudo estar presente debido a sus compromisos laborales en Londres. La velada fue muy divertida, en cuanto lo vea le entregaré el tornillo que le falta”.

Subí los últimos escalones y llegué a la azotea. Girando la vista por los alrededores, pude observar cómo las estatuas

expuestas en espacios aledaños saludaban mi partida, gozando, a la vez, con las graciosas marionetas San Carlino de Sebastián Terranova, titiritero siciliano, que llegó en compañía de su esposa moviendo los hilos de sus muñecos. Me acerqué al dron comprobando que había algunos elementos dentro de la cabina: un tornillo y un plato con fideos en distintos colores, humeantes, listos para comer, con tenedor y cuchara. Sobre el asiento una carta manuscrita:

*La Boca es mi taller, mi refugio y mi modelo. Todo lo que hice y todo lo que conseguí es un premio a la fidelidad. En mi vida y en mi arte permanecí siempre fiel a mi gente, a mi puerto, a mi barrio.*

*Fui creador de la República de la Boca y la Orden del Tornillo. Premio destinado a los cultores de la verdad, el bien y la belleza, con la esperanza puesta en el espíritu del hombre y su fuerza creadora.*

*El arte es inquietante y revolucionario y el artista siempre crea una nueva manera de ver la vida para mejorar el bienestar de la humanidad y su permanente evolución.*

*Cada invitado come mis fideos, que amaso en colores y le entrego el tornillo que le falta, con la idea de que no pierda la locura luminosa para el bien común. Ahora estás atornillado, pero no lo ajustes mucho porque no es bueno.*

Q.M.

Mientras leía la carta, que de manera misteriosa alguien había dejado en el interior del dron, los fideos aun calientes despertaron mi apetito. Con el tenedor comencé a arrollarlos, comprobando que eran rojos, blancos y

verdes.

Sentía admiración luego de presenciar sucesos inexplicables, llevados a cabo por extravagantes bailarines vibrando, al compás de los ritmos del piano sin ejecutante, dentro de un ambiente fantástico, colmado de inusitadas sorpresas. La noche era calurosa, serena y por los alrededores rondaba una abeja inquieta. Se detuvo sobre mi hombro derecho. Por su cercanía, tuve temor que me clavara el aguijón. Sin embargo, no era el propósito ya que, mediante susurros cercanos a mi oído, me explicó que el espíritu de Quinquela está presente en el museo vigilando las obras en exposición, repara las deterioradas y cada noche junto con Filiberto, espíritu ejecutante del piano, organizan las fiestas para distracción de los personajes, siendo los próximos invitados estibadores de: “Noche de invierno” y “Fundición de acero”. Y que los colores de los fideos son en homenaje a la colectividad italiana, antiguos pobladores del barrio. Formando la bandera de Italia en atención al pedido que le hizo el Director de orquesta Arturo Toscanini. Sin más, con el zumbido típico se retiró. Aturdido, apoyé mis codos sobre el borde de la pared del frente, tomando mi cabeza puse en claro la mente. Visualizando que desde el Este los primeros destellos del sol iluminaban el horizonte del río.

La húmeda brisa del amanecer acariciaba mi rostro. De pronto, despidiendo mi presencia, una orquesta y sus músicos se alistaron para tocar bandoneones, violines, contrabajos, timbales y piano. El director, Juan de Dios Filiberto, apacible, expresando su criterio: “Por medio de la música participo de las penas y alborozos de las personas revelando el carácter de mi pueblo. Es un arte que expreso con mis íntimos sentimientos, transmitiendo mensajes de amor”.

El Coro y sus cantantes en líneas de tenores, sopranos,

barítonos, bajos y solistas. El Poeta, Gabino Coria Peñaloza, y sus versos: “Caminito que el tiempo ha borrado, que juntos un día nos viste pasar, he venido por última vez, he venido a contarte mi mal. Caminito que entonces estabas bordeado de trébol y juncos en flor...”.

Luego de emitir los nobles conceptos en voz alta el director, con la batuta en mano y tres toques sobre el atril, inició el concierto, acompañado por el Poeta y el Coro, entonando la canción en perfecta armonía. Puse en marcha la nave, lentamente fui ascendiendo...

Sonó el despertador.

Ocho de la mañana.

Caí de la cama.

Sobresaltado busqué el dron.

No estaba.

Jorge Pedro Julio Fanesi  
[jorgefanesi@hotmail.com](mailto:jorgefanesi@hotmail.com)



## El San Bernardo

Caminaba mirando el suelo, tratando de no pisar ningún charco ni baldosa floja que la salpicara y manchara los zapatos. El paraguas se inflaba con el viento y tenía que sostenerlo con fuerza para que no se le volara y apenas lograba mantenerlo erguido para que la cubriera. Y de pronto estaba en medio de una avenida, con los coches pasando a tal velocidad a su lado que no le permitían cruzar. Lo único que podía hacer era luchar contra el viento y el paraguas. Quería avanzar y no podía, quería retroceder y los autos no le dejaban paso. Entonces vio que su padre y su abuelo venían hacia ella y le tendían la mano para sacarla de allí y su pecho se aflojó con el encuentro.

El retumbar de un trueno le hizo entreabrir los ojos y lo agradeció. Se acomodó bajo las frazadas y se tapó la cabeza para no escuchar más. La cama le daba calor y calma y seguiría así hasta la mañana. Si la tormenta continuaba tendría que llevar paraguas, pensó.

Cuando la lluvia empezó, ya estaba en Villa Crespo, en camino a la cita con un cliente. El trabajo era importante pero no se iba a empapar por eso. Buscó rápido un bar en la avenida, cualquiera, para esperar allí que cediera el aguacero. Y se metió en el San Bernardo.

Apenas entró se sintió incómoda. Parecía un galpón. Estrecho, flaco como un viejo en los huesos y, encima, interminable. Una barra con taburetes y algunas mesas en las que unos hombres jugaban a las cartas y al dominó.

“Aquí no me quedo”, pensó. Pero cuando miró hacia atrás vio que llovía tan fuerte que desistió. Después de todo, no estaría más que un rato.

Salvo las puertas de vidrio para el acceso, no había ventanas a la calle con una mesa a la que sentarse y mirar hacia afuera. Tuvo entonces que avanzar y descubrió que el lugar se ensanchaba a más del doble que a la entrada y allí, ocultas a la vista del que recién llega, como si fueran tesoros a resguardar, mesas de billar y de ping-pong. “Esto es un club social disfrazado de bar que se quedó en el tiempo”, se dijo.

Como no pertenecía al mundo de los que pueden venir a pasar el rato compitiendo tras unas fichas o una baraja, o a estudiar sobre el paño verde cómo meter las bolas en las troneras tras increíbles carambolas, con el taco en una mano girando sobre la tiza que sostiene la otra, le parecía estar invadiendo un sitio en el que en cualquier momento vendrían a pedirle que mostrara el carnet de socio o le iban a preguntar si quería mesa para jugar a algo. Así que buscó una y se sentó, sacudiendo la cabeza para sacarse algunas gotas de agua del pelo y pidió un cortado. Y un diario.

Mientras tomaba su café no pudo concentrarse en leer las noticias. Decorar era su pasión, no solo su trabajo y por un momento se olvidó de la cita. No podía dejar de mirar los detalles del lugar: los techos altos de bovedilla tenían los hierros oxidados, las diferencias en los pisos de baldosas mostraban lo que debieron ser los distintos espacios, las antiguas habitaciones. Las paredes de ladrillo desnudas, enchastradas con un poco de revoque cada tanto, sin adornos que intentaran tapar sus años ni mejorar su apariencia, solo sostenían avisos de próximas competencias, cajas colgadas con los tacos de billar guardados a la espera de que alguien los pidiera y carteles con los requisitos para el uso de

las instalaciones.

“A este lugar le vendría bien una lavada de cara y no está preparado para recibir mujeres. Si quieren ganar clientes tendrían que arreglarlo, hacerlo más confortable. Deberían incorporar algo más que juegos de mesa y de billar, porque así seguro que no va a durar mucho”. Y tras la reflexión sintió el generoso impulso de hablar con los dueños para darles algunas sugerencias.

---

99

Pero en cuanto apareció este arrebato se dio cuenta de que, desde la bovedilla hasta las baldosas, el San Bernardo le estaba mostrando que debía tener más de ochenta o noventa años. Que ya estaba ahí desde antes que ella existiera y sin sus sabios consejos. Esa lucidez le puso un freno a la porteñita aquella que desde arriba del hombro se asomaba para observar con desdén y en su lugar apareció la mirada respetuosa, la mirada amable.

Entonces se dio cuenta de que, sentados a una misma mesa, estaban el vendedor de paltas que había visto a la salida del subte y un hombre de traje con pinta de abogado junto a otro que parecía un agente inmobiliario y el que debía ser el carnicero del barrio. No sabía a qué jugaban, pero formaban alianzas entre unos y luego, como si nada, entre otros. Y se acordó de su padre y sus tíos desternillándose a más no poder con los chistes y las pavadas que surgían en sus juegos.

Un grito a sus espaldas hizo que se diera vuelta: “¡Truco!”. Uno de los hombres golpeaba la mesa con sus cartas. Su barbilla alzada y el pecho hinchado decían que debía sentir que era el macho más macho de todos. Erguido y con una media sonrisa esperaba ver cómo se replegaban y se iban al mazo sus contrincantes. Pero de pronto otro, con una voz más potente todavía que la suya, encendió el fuego al espetarle: “¡Quiero retruco!”. Y esa confianza

en su destreza y en la suerte que el azar le había regalado al barajar se borró de su cara. Pero era esa competencia en carne viva lo que los unía y le había dado permanencia al San Bernardo. Allí morían los celulares y la incomunicación.

100 Ya estaba amainando la lluvia, así que llamó al mozo para pagarle. Los recuerdos le habían ayudado a cambiar su visión y quiso saber más. El mozo le contó que el lugar se mantenía abierto las veinticuatro horas y que, además de los parroquianos de toda la vida que llegaban a la mañana o caían al atardecer por su vermut, el espacio se llenaba de chicos jóvenes. Orgulloso, le trajo recortes de diarios: "Campeonato internacional de ping-pong en Villa Crespo". Y en el blanco y negro de las fotos vio las mesas rodeadas de gente alentando a uno u otro de los competidores que, por la concentración en su gesto, en vez de una paletita en la mano parecían estar sosteniendo su vida. Y vio la multitud de rostros apiñados que aparecía en otras fotos con los brazos alzados y las bocas abiertas coreando delirantes a la banda de rock que tocaba esa noche en el bar. El aroma del café se mezclaba con el de las papas fritas con cheddar, el de las tortillas y el de la picada para la cerveza.

Antes de irse quiso conocer hasta dónde llegaba el local. Se levantó y fue hasta el fondo. Un mural gigante con títulos de películas, fotos de actores y escenas que se habían filmado allí cubría la pared donde terminaba. Historias de conventillos, de guapos y del tango en Villa Crespo. Y de un San Bernardo que había albergado a los protagonistas de aquel entonces y crecido al compás de los cambios en el barrio.

Se acordó entonces que su padre había vivido en la calle Darwin cuando era chico, a un par de cuadras de ahí y le contaba que iba a nadar al arroyo Maldonado con sus amigos antes que lo entubaran porque se desbordaba cada vez que llovía.

Y de sus abuelos inmigrantes, que llegaron desde Rusia trayendo entre sus pocos recuerdos el samovar que había visto de chica en su casa. Huían de las guerras, como los italianos y los españoles que convivieron con ellos en el conventillo. Las abuelas intercambiaban las recetas del *borsch* y de la salsa boloñesa. Los chicos bailaban juntos el *kasachov*, el flamenco y la tarantela, que habían aprendido antes que el tango. Su abuelo tallaba palabras con letras que nadie entendía en platos de madera para don Berlusconi, el que traía zapatos de la fábrica que no solo daba trabajo a los hombres sino también los ladrillos para que construyeran su casa cerca. Traían un mundo sobre sus espaldas y lo compartieron. Y la misma ilusión en el mirar.

Al salir por entre las mesas de paños verdes iluminados por fantasmagóricas luces blancas sentía todavía la tibieza de este encuentro. La misma que había sentido cuando la despertó el trueno a la madrugada.

Los parroquianos que acomodaban sus fichas de dominó levantaron la cabeza cuando pasaba y pudo ver sus caras joviales al saludarla. Los que estaban sentados en los taburetes de la barra comiendo y tomando algo conversaban con el dueño que los atendía desde el otro lado del mostrador y alguno miraba distraído por el espejo tapado de botellas.

Cuando llegó a la calle las pocas gotas de lluvia que aún caían acariciaron su sonrisa.

Silvia Scheinkman

[mueblesblow@hotmail.com](mailto:mueblesblow@hotmail.com)

## Villa Ortúzar de los Cuarenta

102

*El cabalista que ofició de numen  
a la vasta criatura apodó Golem;  
estas verdades las refiere Scholem  
en un docto lugar de su volumen.*

Estrofa de “El Golem”, de Jorge Luis Borges

Al leer el poema “El otro, el mismo”, recordé las crudas tarde y noche del 29 de junio de 1940, hace ya ocho décadas. El frío calaba profundo. Ya estaba cansado de patear con los pibes del barrio, ateridos y sentados en los adoquines de las calles Estomba y Giribone, del barrio de Villa Ortúzar. Tratábamos de mitigar la gélida noche alrededor de las brasas humeantes donde, hasta horas antes, ondas flamígeras habían consumido la fogata de San Pedro y San Pablo y el muñeco de trapo que lo coronaba. Ese adefesio con cuerpo de palo y cara de escoba, vestido con andrajos. Yo lo asociaba con el Golem de Scholem, del que había escuchado en la escuela complementaria judía a la que asistía sin entusiasmo.

No faltaba ninguno de la barra. Hasta estaba Raúl, que se aparecía misteriosamente, vaya uno a saber de dónde, con su cara fiera y con una cicatriz horrible que le bajaba desde la oreja izquierda hasta el cuello, siempre con una deshilachada camiseta de Boca, donde casi todos eran de Almagro. Al pobre se le había caído una palangana de agua hirviendo, según se comentaba. Conmigo se llevaba bien, aunque casi no hablábamos entre nosotros. Los pibes le temían por su apariencia y él siempre se arribaba al “rusito”, que era yo, el único judío de la barra.

Aún recuerdo la voz del almacenero del barrio que, medio chispeado, esgrimía una botella de vino Toro y que, mientras le daba por el pico, clamaba:

—Es una fiesta para quemar desdichas, prendidas en el fogón de nuestros deseos. ¡Salud!

Los tubérculos que el verdulero trajo eran atrapados con algunas ramitas esgrimidas por manitas temblantes que intentaban quitarles las cenizas. Quemados por fuera y crudos por dentro, no dejaban de parecernos manjares.

En eso estaba, tratando de ingeniármelas para comer una papa que había ensartado cuando, de golpe, Raúl me pegó un codazo. Había visto en la oscuridad, que mi padre se abría paso entre los vecinos y venía hacia mí. Miré hacia donde me indicaba mi amigo. La presencia fantasmal de mi viejo me produjo una reacción inmediata. Me incorporé, hice un rodeo en semicírculo y corrí a mi casa. Llegué antes que él. Traté de buscar refugio en el rezago de mi madre, única forma de poder aliviar la paliza que se venía. Mi padre entró echando chispas por los ojos. Recuerdo haberme atemorizado por frecuentes palizas anteriores. Mi mayor agobio era la posibilidad de que culpaba a mi madre por mis correrías y que el cinturón lo descargase sobre el lomo de ella y

no del mío, como solía suceder cuando se enneguecía.

—¿Vos hostdutzu ton schvishn goym? (¿Qué tienes que hacer entre gentiles?) —me gritó amenazante en idish—. Zeibrenenidnmitfaireis, ¿un du lajtmitzei? (Ellos queman a los judíos, ¿y tú te ríes con ellos?).

104  
Mi madre intentaba aplacarlo y le susurró en polaco: “Onis poprostufacetami, oniwiedz o nazistach”. Traté de adivinar de qué se trataba e intuí por la última palabra que tendría que ver con los nazis. Seguro lo consolaba ante la falta de noticias de los familiares que quedaron atrapados en Polonia y de quienes no sabían nada desde hacía nueve meses, cuando se había producido la invasión alemana.

De pronto, contrario a mis temores, mi padre se echó a llorar y a golpearse la cabeza contra la pared. Mi madre se interpuso y, sacando valor de su flaqueza, logró frenarlo y empujarlo hasta el dormitorio donde lo tranquilizó y acostó. Mientras lo guiaba con calma, mi padre se lamentaba: “Tylkopopiołyotrzymamyzamiastwiadomo ci”.

—Daintateiszeiernerveish un eraltnortrajtnvegn di miljome (Tu padre está muy nervioso y sólo piensa en la guerra) —me comentó mi madre al regresar.

—¿Qué te dijo mientras lo llevabas? —le pregunté.

—Er hotguezogt as funundzeremishpojenorashesbertb-laivn (Dijo que de nuestra familia sólo quedarán cenizas).

—Pero eso pasa lejos, en Europa. Ustedes aquí se casaron y formamos una familia argentina. Lo pasado pisado —dije con la candidez de un niño incapaz de entender las tragedias a que se enfrentaban sus parientes en Polonia.



Ya de adulto, cuando los sonidos de las lenguas maternas habían quedado olvidados en algún recóndito rincón de mi memoria, supe que la fogata de San Pedro y San Pablo, también llamada de San Juan, es el rito antropológico pagano de mayor vigencia. El gran protagonista es el fuego y a través de él se le rinde tributo al sol.

En las fogatas se calentaban papas o batatas, que eran ofrecidas a los asistentes para así asegurarles alimento suficiente durante todo el año. También se arrojaban a las llamas ropas viejas, papeles y cualquier objeto que representara un mal recuerdo, para exorcizar los malos sucesos de los doce meses anteriores.

Como sucedió con otras creencias paganas, la Iglesia impuso su adecuación. El 29 de junio es la fiesta de San Pedro y San Pablo, el primer papa y el gran apóstol de los gentiles. Según la tradición, ambos fueron ejecutados alrededor del año 67, por orden de Nerón. Pedro fue crucificado cabeza abajo, según su deseo, por considerarse indigno morir como su maestro. Pablo fue conducido a Ostia y allí decapitado.

Una anécdota curiosa de una época difícil donde un mosaico de inmigrantes trataba de fusionar una entidad nacional lejos de sus países de origen, pero pendientes de los trágicos sucesos que transcurrían en Europa y con el empeño de esforzarse por el futuro de sus hijos.

Además, hoy puedo evocar a Raulito, mi amigo de cuando teníamos siete años. En realidad se llamaba María Esther Duffau y que, huérfano de madre, se había escapado de un asilo donde lo había dejado su padre, borracho y pegador. Esto lo supe un cuarto de siglo después, en 1975, cuando Marilina Ross la personificó en la película "La Raulito". Fue una revelación

asombrosa. Jamás hubiese imaginado, cuando jugábamos y caminábamos juntos, que mi acompañaba una niña y no un niño. ¿Habrán sido vivencias oníricas?

Mario Czemerinski

[marioczeme@hotmail.com](mailto:marioczeme@hotmail.com)

## Combinación línea A

Ámbar: Loria. Morado: Congreso. Ocre es Perú. ¿Te acordás, Emilia? Los domingos a la mañana papá nos llevaba a la confitería de la Avenida de Mayo a tomar chocolate con medialunas y mermelada de naranja como la que hacía la abuela Pilar. No nos permitía, como tampoco en casa, comerla en cucharadas. Pasábamos la semana esperando el domingo. Vivíamos en la calle Rosario, en Primera Junta, y el viaje en subte era tan fascinante como el desayuno, que se prolongaba hasta que papá dejaba de leer el diario y tomaba el último sorbo de café, ya frío. Mientras tanto, nosotras, observábamos a los otros clientes, hombres adustos concentrados en mirar en derredor como si buscaran algo. Unos pocos parecían haberlo hallado y disfrutar sin disimulo. Doblaban el diario en dos y después de juntar las migas del mantel, papá se paraba y con un ademán nos pedía que nos levantáramos de la mesa. Caminábamos hacia Plaza de Mayo tratando de seguirle el ritmo, a veces trotando para alcanzarlo y, ya en la plaza, corríamos a las palomas no por ahuyentarlas sino para observar cómo volaban en círculos y después volvían a donde estábamos. Papá nos reprendía sin enojo, casi por obligación.

Durante el viaje nos comportábamos como en misa. Observábamos boquiabiertas el brillo de los vagones de madera con los asientos como los de plaza, las argollas blancas de las que la gente se colgaba como perchas en un armario, las tulipas que parecían compoteras.

Viajábamos calladas, vestidas de domingo, abstraídas,

de a ratos mirando por las ventanillas, de a ratos entretenidas contemplando a los otros pasajeros. Nos preguntábamos dónde irían. Papá leía La Prensa y nos espiaba con esa mirada que era como si nos estrujara.

108

¡Qué lástima que mamá hubiese muerto en nuestro parto! Habría disfrutado mucho de aquellos domingos y papá hubiera tenido con quien hablar durante el viaje. Después se nos ocurrió el juego de nombrar a las estaciones por el color de sus guardas y zócalos. Cobalto: Acoyte. Jade: Piedras. Creo que Perú era ocre y Castro Barros, verde esmeralda. ¿Era así, Emilia? Entre Alberti y Pasco solíamos asomarnos para espiar la estación abandonada en la que rondaba el fantasma de la novia despechada que se había arrojado a las vías. Eran rumores que al principio nos impresionaban y daban miedo. Nos abrazábamos. Papá apartaba el diario, nos sonreía y luego fruncía el ceño para decirnos: “No crean en habladurías. No las estoy criando para supersticiosas o idólatras”. Papá decía que el subterráneo era el mayor invento de la humanidad. Había dicho lo mismo del juego de dominó y de la penicilina. Era agnóstico pero cuando ocurría una desgracia decía que Dios había metido la cola. Murió a los setenta y uno, dos años después que vos. Me mudé al centro para no tener que viajar tanto, para tenerlo todo a mano. Ahora el médico quiere que camine, dice que le hace bien al corazón y a mis piernas. Achaques que todos tenemos y vos no tuviste. Fue todo tan rápido y prematuro.

Los domingos a la mañana sigo yendo a la confitería de la Avenida de Mayo. ¡Me acuerdo tanto de ustedes! Los mozos me reconocen, me saludan como si yo fuera de la familia. Te imaginás, ¡tantos años! Me sirven el desayuno sin tener que pedirlo (ahora té con leche aunque hay mañanas, todavía, que huelo el chocolate, tan espeso, “no se vayan a quemar”, decía papá). No deja de admirarme el parecido de ese sitio con los coches del subte. Las paredes enmaderadas y ese aire de tiempo suspendido, atrapado

como un pájaro en una caja de zapatos. Todo parece encerado. ¡Cómo te gustaba mirar los vitrales, las columnas con sus pies de bronce, las arañas fabulosas! No había domingo que papá no nos dijera: “En ese palco cantó Gardel”. Nos sentábamos siempre a la misma mesa y si estaba ocupada, esperábamos que quedara libre. Hacíamos tiempo deambulando por el salón, dando golpecitos sobre el respaldo de las sillas vacías o acariciando furtivamente la piel de los abrigos apoyados en los respaldos y dábamos vuelta a las columnas como si fuéramos calesitas. Papá nada nos decía porque seguía hojeando el diario, viendo los rotograbados. Nuestra mesa estaba cerca de la entrada, debajo de una claraboya con un vitral de ramas de hojas entrelazadas, flores pequeñísimas, púrpura claro, creó, y arabescos dorados. Nos gustaba ese cielo más que el de la calle y de tanto observarlo nos quedaba el cuello torcido. Yo amaba y sigo amando esas mesas de roble y mármol con las sillas de cuero rojo. Aunque ahora va demasiada gente y es ruidoso (pero ya no hay humo. El de papá olía a vainilla. El del chocolate te empañaba los anteojos y a mí me hacía lagrimear. “¡Aparten las caras de la taza! ¿No ven que les hace mal a los ojos?”, decía papá detrás de su cortina de humo dulce).

Después caminábamos por la avenida, a veces hasta la Casa de Gobierno, otras hasta el Congreso. ¡Qué pena les daría a vos y a papá si vieran el estado de abandono en el que está la Confitería del Molino! Voy por las veredas pares, vuelvo por las impares. Miro los edificios con sus balcones y cúpulas (algunas las recuerdo aún sin verlas), los paraísos que ya estaban allí aquellos domingos, las farolas que aún apagadas son hermosas. Observo a la gente que mientras conversa o consulta mapas no ve todas esas cosas. Ni siquiera las ramas que se cruzan de vereda, menos aún los zaguanes en los que ruidos y luz se amansan.

Era una mañana nublada, ventosa y fría. No era una buena mañana. De repente comenzó a llover aguanieve y tuve que

interrumpir mi caminata. Bajé al subte en la estación Piedras para ir a Plaza de Mayo. ¡Esos túneles, escaleras, carteles llenos de flechas! Laberintos como los del parque de diversiones al que papá nunca quiso llevarnos. De no haber sido por tía Julia nunca habríamos ido. No fue, de todos modos, tan divertido como nos habíamos ilusionado. Menos aún el recorrido hasta el andén. Llegué confusa, mareada de tantas vueltas. Éramos pocos y todos mirábamos hacia la boca del túnel con la ansiedad de los aburridos o apurados. Tuve una larga espera.

Al salir del subte me hallé en el lado sur de la Piazza Spagna, casi desierta a esa hora ya pasado el mediodía romano. No me resultó extraño que al caminar por la Vía Frattina, entre las mesas de los cafés, bajo el entoldado colorido de las tiendas de alta costura, hubiera un puesto de flores que parecía a punto de estallar bajo la inclemencia del sol. Tampoco fue extraño que el florista, de hablar apresurado y gestos ampulosos, entendiera mi italiano balbuciente (sólo un año y medio en la Dante) con quien intenté averiguar cómo volver a la estación Plaza de Mayo.

Cuando trataba de orientarme observé la fuente al pie de la escalinata cuyos escalones cansaba más contarlos que subirlos, las terrazas de uno y otro lado y, en la cima, la iglesia con sus dos torres y relojes. Nunca antes había estado allí pero juro que había subido de a dos los escalones y regresado a la fuente con una agilidad que rememorarle me acalambra las piernas. ¿Te acordás, Emilia? Te sofocaste. Mi visión y mis recuerdos, súbitamente vivos, fueron interrumpidos por el florista que, acercándose en forma casi reverencial me entregó un ramillete de violetas, y grave, solemne, me dijo: "Tu sei bellissima". Lo extraño fue que ese desconocido, a quien nunca había visto y quizás jamás volveré a ver, supiera que las violetas han sido desde siempre mis flores favoritas. Me indicó que al final de las escalinatas hallaría la estación Spagna de la línea A, que descendiera en Teatro Dell' Opera y allí hiciera

la combinación. Volví sobre mis pasos lentamente, llevando mi pesado abrigo colgado del brazo y buscando de tanto en tanto un precario alivio en el frescor de las terrazas.

Mientras se calienta la cena pongo las violetas en el jarrón de cristal tallado que le regalaron a mamá y papá para el casamiento y que vos mantenías siempre vivo con fresias o margaritas. A veces lirios. Nunca rosas o claveles. Los detestabas. Disuelvo una aspirina en el agua y coloco el jarrón sobre la repisa, la que está junto a la puerta de entrada, en la que sigo conservando adornos de los que no decido desprenderme y que tanto me cuesta conservarlos ordenados y limpios. Todos, de tarde en tarde, me cuentan algo. A veces confunden los recuerdos, otras fantasean como si contaran sueños prestados.

Las violetas lucen espléndidas junto al retrato familiar. Papá con su inseparable sombrero de fieltro negro, firme como la estatua que se ve al fondo, la cabeza un poco ladeada y esa actitud de desconfianza no obstante amable; del bolsillo superior del saco asoma el hornillo de su pipa. Vos, mirando a la cámara, te sonreís, tenés el pelo alborotado y una mano en la cintura, la otra apoyada sobre la cabeza del enclenque caballo de un mateo. El caballo, con una resignación que traía de lejos, mira también, curiosamente, a la cámara. Estamos en la entrada del zoológico. Yo estoy a tu izquierda, un poco más atrás, muy en pose, cabizbaja, tengo puesta la capelina de rafia, creo que rosa pálido, que era de la abuela y usó mamá. Miro con gesto de aparente recelo, quizás temiendo que el caballo te agrediera. No sé, no me acuerdo.

Humberto Rubén Lázaro  
[lazarohr@hotmail.com](mailto:lazarohr@hotmail.com)

## **Esa mágica noche**

“¡Sigue tus sueños!”, decía mamá, con esa sapiencia de maestra rural que la caracterizaba, al punto que, con su tenacidad y persistente resiliencia, llegó a directora de escuela.

Mi madre fue, para mí, parte y actora de todos mis logros. Cursé rápido el primario y secundario. De ella heredé la persistencia y fortaleza que me caracterizan. Ella ayudó en la decisión de la carrera a seguir. Acompañándome en la preparatoria para el ingreso en Ciencias Biológicas, en la universidad de La Rioja.

Pasé mi infancia en Chilecito, pueblo pequeño, donde el Famatina se funde con los cordones del Valle de Antimaco y sus aguas cristalinas serpentean en las desembocaduras de sus ríos.

Quedé huérfana de padre con apenas 6 años. Carencia que superé gracias a la fortaleza de mamá, que, con gran sacrificio, siguió atendiendo, no solo todas mis necesidades, sino también las responsabilidades que exigía su cargo, sumando a eso las tareas de la enorme casa en que vivíamos. Llegaba de la escuela con una amplia sonrisa, siempre dispuesta a lograr que mi día fuera mejor que el anterior.

Disfrutábamos los fines de semana saboreando ricos tamales o exquisitas empanadas, las que hacía con tanto amor. Algunas veces se sumaban algunos invitados, los que agasajaba



mostrando siempre su sonrisa alentadora.

Solíamos ir de compras, en escapadas a La Rioja, nuestra tan amada provincia. En primer lugar, recorríamos la cooperativa, donde llenábamos nuestros cestos con todo lo necesario, para luego disfrutar el paseo por la plaza y tomar el consabido cafecito, donde aprovechábamos a ponernos al día, con nuestras cuitas.

113

Recuerdo cuando le presenté a Juan Manuel. Sentí la aprobación implícita, que hizo dar un giro positivo a nuestra relación, comentando con cierto rubor que el padre de este fue el primer pretendiente de su niñez y dejando claramente asentado que papá había sido “su primer y único amor”.

Terminé mis estudios secundarios con las mejores notas. Hecho que no se cansaba de repetir a todos sus conocidos. Recuerdo aquella vez que le pregunté por esa increíble experiencia de conocer Buenos Aires “¡Es una ciudad increíble!”, comentó. Fue la mejor experiencia que tuve en toda mi vida. A partir de ese momento, supe con certeza que conocer esa ciudad sería mi próxima meta.

De ella aprendí a defenderme en la vida y superar todos los obstáculos. Recuerdo la motito que me regaló, para facilitar el recorrido, con la que muy alegre me dirigía a la facultad volando detrás de mis sueños, como ella lo llamaba.

Pero todo perdió su magia desde el día que se enfermó. La casa comenzó a ser para mí una carga muy grande y lo más terrible fue que la oscuridad de la muerte, que logró causar en mí esa sensación de orfandad, tan difícil de explicar.

Juan Manuel no dejó de apoyarme, yo lloraba silenciosa entre los brazos fuertes de mi amado. Me ayudaba en los

quehaceres de la casa, incentivando la posibilidad de continuar con los estudios universitarios, los que pude terminar gracias a su solidaria y afectuosa compañía. Me acompañó en silencio en esa casi agonía, tan difícil de superar.

Recuerdo aquella noche que se presentó entre mis sueños, diciendo: “¡Hija, estoy bien, estamos bien aquí junto a papá, cuidándote, como siempre, y no olvides nunca de perseguir tus sueños!”.

A la semana siguiente, le comenté a Juan Manuel sobre ese sueño, quien solo dijo: “Esto es una señal, Caro, y si tienes una meta pendiente idebes concretarla!”.

Así fue como decidimos partir a Buenos Aires.

Por medio de una amiga, habíamos conseguido un departamento coquetamente acondicionado, cerca de los bosques de Palermo. Fue maravilloso comprobar que no le faltaba nada. Un plano para moverse en distintas direcciones, en las que estaban muy bien indicados los lugares más relevantes de esa gran urbe, y una carpeta, donde explicaba con minuciosidad los elementos que hacían más comfortable la estadía en el mismo.

Descargamos de nuestras espaldas las pesadas mochilas y luego de un humeante café, con exquisitas medialunas recién horneadas, decidimos emprender el recorrido.

Caminamos por la calle Darregueyra, hacia la famosa Avenida Santa Fe, donde no dejábamos de sorprendernos por todo lo que veíamos. Tomamos el tren hacia Retiro, donde se alzaba majestuosa la famosa Torre de los Ingleses. Desandamos la calle Florida, donde casi era “una misión imposible” transitarla por la cantidad de peatones que la recorren.

Compramos dos remeras por el precio de una, las que decidimos usarlas para estar más acorde al glamor de las hermosas tiendas. Los artistas callejeros mostraban su destreza por doquier. Malabaristas, cantores y otros, que exhibían su mercadería, sobre enormes pañoletas, que ocupaban cierta parte de la calle, mostrando su mercadería.

Al llegar a la avenida Corrientes, nos sorprendió visualizar a lo lejos una mole de cemento, altísima, terminando en punta, que un señor, muy atento nos explicó: “Es el Obelisco y la avenida que lo cruza, aunque usted no lo crea, se llama 9 de Julio y es la más ancha del mundo”. Así pudimos comprobar que los porteños no todos eran arrogantes y faranduleros, como se los tildaba.

Nos dirigimos al subte. Tuvimos que dejar pasar varios trenes para lograr subir. Además de la temible sensación que sentimos al entrar en esas escaleras de metal, que se movían lentamente, pero muy seguras de transportar tanta gente. Así fue como llegamos a Leandro Alem. ¡Otra vez a escalar esa máquina infernal! Pero esta vez algo más confiados.

De nuevo a preguntar: ¿Qué hacíamos? Una señorita muy amable se dispuso a indicarnos dónde estábamos.

Este edificio, que se encuentra frente a nosotros, pertenece al Antiguo Correo, donde en la actualidad está funcionando el Centro Cultural Kirchner, el que es digno de visitar, teniendo en cuenta la variedad de exposiciones y espectáculos que suele presentar. Además de la calidad de su antigua y excelente edificación.

A la derecha, el ferrocarril Retiro y, a la izquierda, la famosa Plaza de Mayo, donde se ubican la Catedral de Buenos Aires y, a pocas cuadras, el Museo del Cabildo, donde se encuentra gran

parte de nuestra historia nacional.

Decidimos hacer un alto en el camino, a los efectos de reposar nuestros cansados cuerpos. Luego del riquísimo cafecito, decidimos volver al apartamento. Organizamos nuestro itinerario para el día siguiente y realmente cansados, después de una succulenta cena, nos fuimos a dormir.

Luego del consabido desayuno, comenzamos a incursionar por los bosques de Palermo, donde, en algún punto, nos hacía recordar nuestros bellos parajes, por la frondosidad de su vegetación y anchura de los mismos. Paseamos en mateo, recorriendo los alrededores del Zoológico, el Rosedal y el famoso Parque Japonés, sin lograr dejar de apenarnos por el esfuerzo que esto significaba para los pobres caballitos. A medida que la caminábamos, más nos entusiasmaba la idea de conocer esta gran urbe.

Así fue como nos dirigimos a Caminito, callejuela cortísima de la Ciudad de la Boca, frente al Riachuelo y muy cercana al famoso estadio, que lleva su nombre, donde los artistas muestran diferentes habilidades artesanales. Pintura, comidas y recuerdos típicos relacionados a la historia del tango y su cultura. Esta calle museo muestra las viejas casitas de chapas, pintadas de colores, donde exhiben sus habilidades tangueros y artesanos. Sobre las riberas del Riachuelo, donde se inspiró el famoso pintor Benito Quinquela Martín para realizar magníficas pinturas relacionadas al Antiguo Puerto de Buenos Aires, donde hoy se encuentra el famoso Museo que lleva su nombre.

Conocimos también La Recoleta, lugar donde descansan los restos de los personajes más emblemáticos de nuestra Patria, barrio distinguido de la más rancia estirpe porteña, los que suelen hospedarse, presumiendo de su abolengo, por los

alrededores de la famosa Avenida del Libertador.

Recorrimos el barrio de San Telmo, donde se exhiben las más raras antigüedades: desde el pequeño camafeo de nuestras abuelas hasta el famoso arcón, donde guardaban sus más caros recuerdos. Saboreando el consabido cafecito en el bar Odeón, desde donde pudimos apreciar el ver bailar esa magnífica danza, sentida y pasional del tango porteño.

117

Por las noches agradecía a Dios y a mi madre por haberme dado las fuerzas necesarias para concretar ese sueño.

Así fue como recorrimos los bellos parajes de nuestro querido Buenos Aires. No hubo rincón sin dejar de recorrer.

Partiríamos de regreso al día siguiente. Limpiamos el coqueto departamento, felices de haber encontrado en él un rinconcito de paz para nosotros y la posibilidad de movernos fácilmente, dado su excelente ubicación. Comencé a sentir una mezcla de tristeza y alegría, ¡Odiaba las despedidas!

Juan Manuel, como siempre, alentó a hacer más fácil la despedida invitándome a cenar. Lo vi tan elegante, con esa chaqueta azul que solía usar en raras ocasiones. Lo dejé deslumbrado con el vestido rosa y la blonda chalina que mamá me había regalado. La cálida noche de verano ayudaba a mitigar esa rara tristeza. Recuerdo los violines que se escuchaban suaves, acercándose a las mesas, y esa brisa fresca que acompañaba el lento mover de las hojas a nuestro alrededor.

Todo era tan perfecto que agradecí a Dios que me hubiera dado la dicha de tener al lado a Juan Manuel. Cenamos con cerveza. Sus burbujas doradas ayudaron al disfrute de esa maravillosa cena. La mirada de Juan Manuel se encontró con la mía, en una perfecta conjunción. Una pequeña cajita posaba

sobre la cavidad de sus manos, de la que salía un extraño brillo.

Dirigiendo sus ojos al cielo, me dijo:

—¿Ves esas dos estrellas, juntitas en el cielo? Allí están ellos y estoy seguro que desde allí te están dando su aprobación. Carolina, mi amada Carolina, ¿estás dispuesta a casarte conmigo?

—¡Sí, contesté emocionada!

¡Nunca podré olvidar esa mágica noche de verano en la Ciudad de Buenos Aires!

Alicia Noemi Brenta

[aliciabrenta@hotmail.com](mailto:aliciabrenta@hotmail.com)

## Sueño para armar

María Flor caminaba por las angostas veredas de la Villa 31 cuando encontró un papel en el suelo, arrugado y sucio, donde estaban dibujadas varias rayas y círculos negros. Lo quería agarrar, no sabía para qué, pero esas marcas que no se parecían a nada conocido le gustaron. Cuando estaba por tocarlo, el papel se voló. María Flor siguió con la mirada el planeo de la página rota hasta que la vio posarse sobre una maceta con una begonia marchita. Fue a buscarlo allí, pero con la misma suerte: el pedazo de hoja otra vez huyó hacia lo alto, hasta quedar colgando de la maraña de cables. Se quedó con la mirada fija en él, usando la mano como visera porque el sol la enceguecía. El dichoso papel parecía burlarse de ella al mover la parte suelta, la otra estaba enganchada en los cables, de arriba hacia abajo como diciéndole “sí, sí”. Se sintió mareada, el mundo giraba y giraba y ella solo veía un sol blanco.

—Tomá la leche rápido que tenés que ir a... —le estaba diciendo la madre mientras vestía a los hermanitos, pero fue interrumpida por María Flor.

—Má, ¿para qué sirven rayas y redondeles negros dibujados en un papel?

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—No sé...

María Flor se quedó pensativa. Pasaba la lengua por la taza de leche tan distraída que terminó derramando parte del contenido sobre el pantalón.

—Andá con Celina y la hija a vender pañuelos de papel. Andá, andá, apurate —Pasó al lado de la hija y la peinó con los dedos—. ¡Te ensuciaste, cochina! Vení para acá que te limpio un poco —Humedeció un repasador y frotó con fuerza en la tela con leche.

Fue a buscar a Celina. Antes, pasó por el cablerío donde se había enganchado el papel. No había nada. ¿En realidad había visto el papel? En el camino se encontró con una chica que había sido novia de su tío, Mariela. Era linda, morocha, usaba pelo largo. Llevaba una mochila en la espalda y en la mano como una caja alargada, no muy grande. La vio y le sonrió. Ella también le sonrió. Tenía ganas de preguntarle qué llevaba en la cajita, pero le dio vergüenza. “Me parece que lleva una radio dentro de la caja”. Salía una música “finita” muy hermosa. Mariela continuó caminando y el sonido se alejaba, entonces se olvidó de los pañuelos y la siguió. Caminó dos cuadras detrás de la chica y la música no cesaba. Cada vez le gustaba más, tenía ganas de cerrar los ojos y quedarse escuchando, pero la gente la atropellaba y la música se escapaba. Llegaron a una calle ancha y Mariela con la música se perdieron.

Ella también estaba perdida. ¿Escuchó de verdad una música suave? Desesperada, recorrió el camino andado y en una de esas se topó con Celina y la hija.

—¿Dónde estabas? Te fui a buscar a tu casa.

—Me perdí.

—¡Qué te vas a perder, si sabés de memoria dónde



vivimos! Estás con la cabeza en otro lado, como siempre. Mirá que la hacés renegar a tu vieja, eh. ¿Acaso no sabés que tu papá se quedó sin trabajo, eh? Por ayudarlos a ustedes se me está yendo la mañana.

Se instalaron en el banco gris que está frente al bar La Academia. Con Ayelén, la hija de Celina, trataban de descifrar el cartel del bar. Ba... bar... la... a... ca... de... ma, mia...

121

—¿Qué es academia, mamá?

—No sé, un lugar para estudiar me parece. ¡Vayan a vender!

Sentadas delante de la ventana, dentro del local, había dos señoras. Una, la rubia, era más joven y linda que la otra. La rubia hablaba mucho y la otra escuchaba. María Flor le extendió un paquete de pañuelos. A la rubia le parecieron caros. Le preguntó cuántos años tenía: “Ocho, señora”. Al final, compraron uno entre las dos. Cuando volvía hacia el asiento, vio un cartel grande en una confitería de una esquina. Caminó unos metros para estar más cerca y poder leer. Decía La Ópera. No quiso preguntarle a Celina porque, aunque no sabía qué quería decir ‘ópera’, le pareció oír a gente cantando de una forma rara, no como las cumbias que ella escuchaba siempre. No entendía nada de lo que decían, a veces, unas voces ‘puntiagudas’ cantaban muy alto y ella sentía que también se elevaba, otras eran ‘gordas’ y María Flor se estremecía. El canto de las mujeres era muy bello, sin embargo, casi siempre triste o desesperado, como si estuvieran sufriendo mucho. ¿Dónde estaban cantando esas personas?

—¡Por favor, no te traigo más, vendiste un solo paquete!  
¡Encima me das un susto! ¿Por qué te viniste hasta la esquina?  
—Celina gritaba, había tenido mucho miedo.

No llegaron hasta la calle Córdoba, se sentaron en un banco de la Plaza Lavalle. La pobre Celina estaba pálida y cansada. Hacía un mes había tenido un bebé y todavía no estaba fuerte. En la plaza había un arenero y unos juegos nuevos y Celina les dio permiso para que fueran un rato a jugar. María Flor subió al tobogán y, antes de deslizarse por la rampa, miró desde arriba hacia todos lados. Esta parte de la ciudad le parecía más linda que la de Corrientes. Había menos gente y los edificios no eran tan altos. Además, la plaza con tantos árboles grandes y frondosos, coloreaban el cemento de la calle y de las casas. Sin embargo, no fue esto lo que asombró a María Flor, sino un caserón enorme de color marroncito, con una entrada de escaleras blancas, y de donde parecían salir las voces que había escuchado en la esquina de La Ópera. Pero no solo los cantos, también se escuchaba la misma música que salía de la cajita de Mariela. Se quedó extasiada, cerró los ojos y la brisa le traía más música, hasta le parecía oír otros sonidos diferentes que se sumaban a las voces y a la música de la cajita.

—¡Apurate, tarada! —gritaban unos chicos amontonados en la escalera.

A María Flor le temblaron las piernas y cayó rodando por la rampa. Logró asirse del lateral del tobogán, pero cayó de costado antes de llegar abajo. Se puso a llorar con mucha angustia, le dolía todo. Ayelén la ayudó a levantarse y apoyada en ella, rengueando, fueron a buscar a Celina. La encontraron dormida, hasta roncaba. María Flor se secó las lágrimas y le propuso a Ayelén vender rápido los pañuelos que quedaban. A pesar de la dificultad para caminar, con la pierna toda raspada, se puso delante de cuanta persona pasaba por el lugar y los encaraba en forma decidida. Logró vender más de la mitad de su parte. Ayelén, que podía moverse, iba de aquí para allá y vendió todos los que tenía. Las mujeres mayores, las abuelas, como

ellas las llamaban, eran las que compraban más. Despertaron a Celina y le mostraron muy orgullosas el producto de las ventas.

Un sábado por la mañana la mandaron al almacén a comprar leche y pan. Era un día luminoso y templado. María Flor se sentía feliz caminando bajo el sol de primavera, cuando de pronto pasó una sombra por delante de sus ojos. Otra vez un papel cortado con rayas y círculos negros, pero esta vez decía “DO”. Lo pudo agarrar y contemplarlo a su gusto. El círculo estaba en la última raya, las demás estaban limpias. Se disponía a doblarlo y guardarlo en el bolsillo del pantalón, pero no pudo porque cayó otro igual con el círculo en la segunda raya y decía “RE”. A este apenas pudo verlo de cerca porque el viento lo alejó más y más y, aunque ella era ágil y lograba tocarlo, el papel se escapaba. Empezaron a caer más y más, iguales a los anteriores y a pesar de apurarse para ver cada uno apenas pudo darse cuenta de que los círculos estaban en otras rayas y no pudo leer las palabras. Después descendieron otros con dibujos diferentes, muy raros y se movían como bailando. A estos ni siquiera intentó descifrarlos, eran tantos y el movimiento tan veloz que habían oscurecido el día. A veces la rozaban, aunque nunca tocaban el suelo. Pensó en agarrarlos con rapidez y meterlos en la bolsa de las compras, pero de pronto, un viento fuerte, como si fuera un embudo aspirante, los tragó y desaparecieron. El cielo recobró su luminosidad.

María Flor estaba cada vez más distraída y recibía cada vez más retos por sus olvidos y falta de atención cuando hacía las tareas de la casa o los deberes para el colegio. Ella solo pensaba en música y papeles. También se acordaba de ese caserón tan hermoso que parecía un palacio. Tanto la atraía ese edificio que, sin darse cuenta, en lugar de entrar en la escuela, siguió caminando, salió de la Villa y apareció en la avenida ancha. Dobló a la derecha y continuó hasta encontrar el edificio.

Se acercó despacio y se quedó al borde de la vereda, apoyada en un poste, para mirarlo bien. Se sintió chiquita frente al palacio de la música. Así lo nombraba. Había estado delante de edificios mucho más grandes, ella salía a vender por muchos lados y no le había pasado eso de sentirse una hormiguita. Escuchaba las voces y los sonidos. Los había empezado a oír cuando estaba a una cuadra, se iban haciendo cada vez más fuertes a medida que se acercaba y, delante del edificio le entraban por la cabeza y le llenaban el alma. Vio hombres y mujeres entrar y salir con cajas de distintos tamaños, algunas como las de Mariela. No sabía bien qué hacían, lo único claro para ella era su deseo de entrar y salir del palacio como esas personas. Alzó la vista, pues quería ver recortarse el edificio contra el cielo y se dio cuenta de que estaba anocheciendo. Decidió que tenía que volver a su casa, pero las piernas no le respondían. Intentó con gran esfuerzo y pudo dar algunos pasos. Así llegó hasta la avenida. Aunque avanzaba, la calle se hacía cada vez más larga, como si no fuera a poder despegarse nunca de ese lugar. Pese a esta sensación de impotencia, no estaba desesperada. Todo era tan natural.

La maestra se había enojado con ella porque no realizaba la tarea para el hogar. Le había exigido que hiciera todos los ejercicios de matemáticas atrasados y los cuestionarios sobre las lecturas hechas en clase y que había dejado incompletos. En lugar de cumplir con los deberes escolares, se puso a dibujar cajas y cajitas, tanto la de Mariela como las que había visto en la gente que entraba al palacio de la música. Deslizaba el lápiz y emergía una caja con forma de guitarra. Ella había visto muchas guitarras, así que pensó que la caja contenía una. Otro dibujo con la misma silueta de la guitarra, pero chiquita. Después una caja grande, como un baúl. Siguieron las alargadas como la de Mariela, aunque un poco diferentes.

—¿Qué estás haciendo?

Miró a la madre que le hablaba en forma seca, enojada. Tenía los ojos colorados. Ella oyó la pelea.

—¿Esas cosas te dieron de deber?

—No, no, ahora los hago. ¡No me pegues! ¡Ay, mamá!  
—gritaba en medio del llanto.

125

—¡Hacelos ya! —le ordenó la madre y rompió la hoja con las cajas y tiró los pedazos a la basura.

Se encontró con Mariela. Llevaba puesto un vestido largo de color negro y un chal blanco sobre los hombros. El pelo negro, largo, suelto. Era tan hermosa que parecía una princesa. No llevaba la mochila sino una cartera chiquita colgando de un hombro. Y la cajita. Mariela la miró, le sonrió, estiró su brazo y la tomó de la mano. La llevó hasta un banco, se sentaron y ella abrió la caja alargada. Había un tubo plateado, brillante, con varios agujeros.

—Es una flauta. Soplando por esta punta se puede sacar una música hermosa. ¿Te gustaría escucharla?

María Flor contestó sin dudar: “¡Sí!”.

—Vení a mi casa y te muestro cómo se hace.

María Flor asintió con la cabeza.

—Ahora me voy a un lugar donde hay orquestas y cantantes, se llama Teatro Colón. Ahí voy a tocar la flauta. —Le acarició la cabeza a María Flor, se levantó y se esfumó en el atardecer azulino.

La mamá les dio la cena a sus cuatro hijos. Cuando terminaron, llamó a María Flor y la sentó en su falda y la abrazó. María Flor se sentía tan feliz con la cabeza apoyada en el pecho de su mamá como cuando escuchó la música en el palacio.

—Tenés que estudiar, vidita, si no, la vas a pasar muy mal, como yo y no quiero que te ocurra eso.

—Sí, mami, te prometo que voy a estudiar y hacer los deberes. —Y besaba a su madre en la cara, en el cuello, mimosa.

—¿Sabés qué quiero que me regales? Un dibujo con las cajas que estabas haciendo, pero cuando termines los deberes, ¿sí?

—¡Sííí! —y después titubeando—: ¿Y vos me vas a hacer un regalo?

—No tengo plata querida...

—Es sin plata, mami, es llevarme a lo de Mariela.

—¿Por qué? ¿Te invitó?

—Sí... no... pero quiero ir.

—No podemos, ¿sabés? El tío se enojaría mucho. Además, te tiene que invitar, así nomás no podemos ir.

Sobre la cama de los padres había un vestido de seda, amarillo clarito con líneas gruesas color marrón y un chal también amarillo y de seda, pero sin rayas. Le preguntó a la madre si se lo iba a poner. Ella le contestó que la patrona de la vecina se lo había dado a esta, pero ella era muy gorda y no le entraba, entonces se lo pasó.

—Va a quedar de adorno, ¿a dónde voy a ir yo con eso?

Sin embargo, se lo puso. Y se peinó con un rodete. El padre lucía un traje azul y ella un vestido blanco. Fueron al Teatro Colón. Primero subieron una escalera blanca y después entraron caminando sobre una alfombra roja. Había mujeres y hombres con sus cajas, pero no terminaban nunca de abrirlas. Mariela sí abrió la suya, sacó la flauta y tocó una música hermosa y ella, con su vestido blanco, bailó y bailó.

127

Al día siguiente fue a la casa de Mariela sin permiso. Espió por la ventana y la vio tocando la flauta delante de un aparato que sostenía papeles como los que ella había visto volar. Mariela percibió su presencia por la sombra en el vidrio. Dejo la flauta con cuidado sobre la mesa y la hizo pasar. Le mostró por dónde entraba el aire en la flauta y cómo salía el sonido. Mariela lo hizo dos o tres veces y después le pidió a ella que probara. El resultado la deslumbró: María Flor no solo sacó un sonido limpio, sino que se dio cuenta de inmediato de la función de los agujeros y el soplido. Mariela guardó la flauta en la cajita, se puso una campera y salieron. Mariela le dijo que la llevaría al lugar donde ella trabajaba y donde quería que ella fuera también a estudiar flauta.

—¿Al Teatro Colón?

Mariela se rio con ganas.

—No trabajo en el Teatro Colón —y agregó con mirada soñadora—: quizá, algún día

Se detuvieron frente a un edificio.

—Es este, se llama Orquesta Infanto Juvenil.

Entraron. María Flor pudo reconocer las cajas de distintas formas y tamaños, el papel con dibujos, que Mariela le explicó se llamaba pentagrama. Pasó la mano con mucho cuidado por cada instrumento como si tocara un objeto maravilloso. Después la llevó a varias salas y espionaron a los alumnos que estaban tomando clases. María Flor se extasiaba con cada uno de ellos. Mariela le dijo que iría a ver a su mamá y le pediría permiso para inscribirla. Sería una estudiante de flauta.

—¿Dónde estuviste, desobediente? Estoy muy enojada.  
—La madre se veía de verdad enojada.

—Estuve con Mariela. Me va a llevar a la escuela de música para estudiar flauta —y añadió para calmarla—: te va a pedir permiso primero.

—¿Con Mariela? ¿A estudiar flauta? Pero hija, por favor, ¿nunca vas a dejar de soñar?

María Beatriz Contratt  
[mbcontratti@gmail.com](mailto:mbcontratti@gmail.com)



## Fito de Buenos Aires

Llovía. Llovía mucho.

Era de esos días en los que no habría que salir ni aunque “la Sarli” te estuviera esperando.

Fito era muy precavido y, si veía medio nublado, se llevaba el paraguas, pero esa mañana había sol. ¿Cómo iba a saber que se abrirían los cielos y caería un diluvio? Para adivino...

Era un día terrible, de esos para el olvido. El secretario del juzgado 16 estaba muy malhumorado. Tenía que haberle hecho firmar al juez un oficio importante, nada menos que para Carbajal, un buen cliente, pero insoportable cuando las cosas no salen como a él le gustan. Y hoy salieron como la patada. Además, Fito ni pudo almorzar y desde que dejó de fumar se pone loco si no come.

Mojado, enojado y muerto de hambre, llegó a su oficina, en el viejo edificio de Uruguay y Lavalle. Y, para variar, no andaba el ascensor.

—¿Por qué esto? ¿Hoy todo me va salir como el culo? Me pudre subir los cinco pisos.

Comienza a subir y al llegar al cuarto piso intuye que lo peor del día estaba por enfrentarlo. Un hombre y una mujer lo

esperaban en su despacho.

—Carbajal, ¿cómo le va?

—Silvia, te dije que no vinieras. ¿En qué idioma hablo yo? ¿En japonés?

—Esperá que atienda a Carbajal ('ta madre). Pase Carbajal.

Cierra la puerta aun sabiendo que los gritos se escucharían igual.

—Malas noticias, Carbajal. El juez no firmó. Sé que era muy importante. Sé que pagó por adelantado, pero deme una semanita más que yo se lo resuelvo.

Carbajal, furioso, no paraba de proferir groseros epítetos.

—Carbajal, vaya tranquilo.

—Bueno, sí ya sé. Sí. ¡Ya sé!

—Tranquilo, Carbajal. ¡Váyase enojado entonces... PERO NO ME ROMPA MÁS LAS PELOTAS, CARBAJAL! Es viernes, y hoy ya no se puede hacer nada. Vaya hombre, vaya.

Sale dando un portazo, y puteando entre dientes.

Fito se sienta, sin recordar que estaba empapado y moja su sillón de terciopelo bordó. Ya convencido de que era un mal día hace pasar a Silvia, la secretaria que trabajaba en la oficina de enfrente y con la que muchas tardes había tenido momentos placenteros.

Silvia era alta, de buen cuerpo, un poco grande ya, mayor que Fito. Debía tener unos 50 y él acababa de cumplir 46.

—¿Qué querés, Silvia? Te dije que no vinieras. Otra vez la misma cantinela no, por favor. Te dije que no estoy para nada serio. Tuvimos momentos lindos, claro que sí, pero se acabó. No va más. Yo vivo feliz solo. No quiero una esposa. Entendolo. ¡Y NO LLORES, NO AGUANTO QUE LLORES! Mirá, Silvia, tuve un día de mierda, estoy todavía mojado, me quiero ir. Sé buena, por favor. ¿Sí?

—Voy con vos a tu casa, ¿querés?

—No, a mi casa no. No llevo mujeres a mi casa, ya te lo dije.

Logró despegarse de ella y tomó el subte hasta Almagro. Llegó por fin a su coqueto departamento en un antiguo edificio de la calle Bulnes, primer piso sin ascensor.

Siempre vivió solo.

Solterón empedernido, jamás pensó en casarse, salvo con Anita, esa piba tan linda que lo tenía tan enamorado a los 24 y que un día encontró besándose con otro en el zaguán donde tantas veces ellos... En fin, mejor no recordar. Desde entonces decidió que lo mejor era estar solo para no volver a sufrir por amor.

Tanguero de alma, admirador de Gardel y de Julio Sosa, iba a veces los sábados a la milonga a bailar con alguna damisela que gustara de los cortes y quebradas. Su otro ídolo era Leguisamo y no perdía ocasión de verlo correr en Palermo cuando había algún clásico.

Todavía estaba nervioso y eso de no fumar lo ponía peor. Extrañaba mucho el cigarrillo, el único compañero fiel que nunca lo traicionó, decía. Pero después del infarto, el médico le dijo

que nunca más al pucho y ¿qué iba a hacer?

Ya temprano el lunes, se vistió como de costumbre: traje impecable planchado por él, pantalón con tiradores, camisa blanca y el infaltable moñito. Su cabellera semi canosa, muy tupida gracias a que solo se lavaba el pelo con jabón azul de lavar la ropa, ya que jamás usó gomina, según decía.

132

Siempre estaba prolijamente afeitado, incluso los domingos, y solía dedicarle unos merecidos minutos a su impecable y característico bigote. Disfrutaba de su colonia 4711, la legítima. Ilimportada!

Ya cumplidos los rituales casi religiosos que su pulcritud mandaba, salió a realizar su labor. Pasó primero por la escribanía del Dr. Salaverry, quien siempre le daba casos para resolver. Fito era gestor. Un buen gestor. Los clientes le confiaban sus balurdos y quilombos porque él se movía y resolvía. Tenía buenos contactos en los juzgados, en las fiscalías y en las comisarías. Era eficaz y cobraba honorarios razonables, para que los clientes volvieran. Eso le permitía vivir sin grandes lujos, pero sin pasar apuros.

Enemigo de los créditos y las deudas, era metódico y, si bien no era ahorrativo, tampoco despilfarraba. Todo en su justa medida. Así llevaba su vida. Tenía una cuentita de ahorros con un solo fin: Comprarse un Fitito 600 blanco, que lo tenía enamorado. Pero nunca aprendió a manejar. Le daba miedo. Decía que primero compraría el auto y después tomaría clases. Llevaba años diciendo lo mismo. Sus hermanos y sobrinos ya no le creían.

Odiaba lo que él llamaba el “frenesí porteño”, pero a la vez lo amaba. No podría vivir sin la adrenalina desenfrenada, neurótica e inquietante que le provocaba caminar al mediodía

por Corrientes y Uruguay, en esa locura de autos, colectivos, taxis, motos, bocinas y gente corriendo de acá para allá. Los abogados, ejecutivos, repartidores, vendedores ambulantes y todo lo que se moviera en este mundo. Todo junto. Todo al mismo tiempo. Pero así amaba a Buenos Aires, aunque a veces sintiera que la odiaba. Porque sin ese frenesí el tango no sería tango y Buenos Aires sería otra ciudad y no la de Gardel, la de Pichuco o la de D'Arienzo.

Antes de llegar a la escribanía, como muchas veces, pasó por el kiosco de flores de doña Carmen y compró un ramito de jazmines para Isabel, la secretaria del escribano, a la que llenaba de piropos y flores pero nunca invitaba a salir. Ella llevaba años esperando esa invitación que no se producía nunca. Y ya iba perdiendo las esperanzas.

Salió de la escribanía como siempre, con varias carpetas hacia su oficina, donde todavía el ascensor lo obligaba a subir atléticamente los cinco pisos.

Estudiaba los casos cuando lo sorprendió el timbre. No esperaba a nadie. Abrió la puerta y una mujer atractiva, teñida de rubio, de unos 45 años, con marcado escote y busto al estilo de “la Coca”, le preguntó si él era Fito. Asintió con la cabeza.

Ella se presentó como Raquel, la ex esposa de Rosendo Rubens.

—Ahhh, ¿y quién es Rosendo Rubens? —preguntó curioso.

—¿Cómo que quién es Rosendo Rubens? Su amigo, su cliente... ¡No trate de engañarme!

—Yo no lo conozco, usted debe estar equivocada.

—¿De verdad no lo conoce?

—Definitivamente, no. Lo lamento, ¿se le ofrece algo más?

—Bueno, le creo —dijo la mujer—. Lo estaba tanteando, por si lo conocía. Entonces quiero contratarlo. Me hablaron bien de usted como investigador. Sospecho que mi ex esposo se presentó como “insolvente” para no darme mis bienes gananciales por la separación y quiero que usted me ayude a descubrir su trampa.

—¿Y quién la envió?

—La secretaria del escribano Salaverry. Me dijo que usted es el mejor.

—Tome asiento. ¿Cómo me dijo que se llama?

—Raquel.

—Cuénteme todo a ver cómo la puedo ayudar.

Terminados los detalles, se levantó extendiendo su mano para que él se la besara, cosa que no sucedió y con paso enérgico se retiró. Fito sonrió.

Al día siguiente, comenzó a averiguar sobre Rubens. Empezó por la policía, visitando al comisario Gutiérrez de la 33, viejo conocido, quien le pidió un par de días para averiguar con sus “contactos”.

De ahí se fue a ver a Salaverry, el escribano. Como de costumbre, llevó los jazmines para Isabel,

—¿Cómo está, don Fito? Dichosos los ojos que lo ven.

—Muy bien, Isabelita, y ahora que veo su encantadora sonrisa mucho mejor.

Isabel no podía evitar ruborizarse ante sus piropos y seguía esperando “la” invitación.

El escribano lo atendió sin demora y quedó en averiguar todo sobre las propiedades del tal Rubens y su ex. Llegado el mediodía, fue a su acostumbrada parrilla de la calle Corrientes. Cuando salió del restaurante, pasó por lo de don Nicolás, su viejo y tradicional barbero desde hacía 30 años, o más.

—¿Cómo está, don Fito?

—Bien, don Nicolás. Con ganas de hermosear la melena, que ya está larga.

—Tome asiento que ya lo atiendo. ¿Quiere un cafecito?

—Bueno, si insiste.

—Clarita, un cafecito para don Fito.

Clarita era la sobrina de don Nicolás. Una joven misionera, que había llegado a la capital a los 21 soñando estudiar alguna carrera universitaria, pero ya llevaba cuatro años y solo había aprendido manicuría.

—Hola, don Fito, su cafecito. ¿Hoy se va a hacer las manos?

—Sí, como siempre.

Mientras Clarita empezaba su labor, escuchaba la conversación de un cliente con don Nicolás.

—Sí, póngale la firma, el golpe llega y llega pronto... ¡Vamos a tener botas para rato! Y vaya a saber por cuánto tiempo esta vez.

Y lo que tanto se rumoreaba, el 28 de junio del '66, llegó. Tres militares de alto rango, sumados a la guardia presidencial, se apersonaron ante el Dr. Illia y, sin violencia alguna, le dijeron que cesaba en sus funciones como presidente. Terminando así, una vez más, un gobierno constitucional.

Un día después, un comunicado vociferó que los ministros del nuevo gabinete ya habían sido designados. Escuchó interesado. Se le heló la sangre al escuchar que en el cargo del Ministerio de Inteligencia del Estado el designado sería Rosendo Rubens.

Aún tenía cerrado el sobre que le había dejado la semana anterior el comisario Gutiérrez y que, con los asuetos obligados, había quedado sin revisar. Cayó en la cuenta que estaba demasiado cerrado, como para que nadie lo curioseara.

Al abrirlo vio que decía que Rubens era militar retirado, de la misma promoción de Onganía y dado de baja cuando era coronel por sospechas de conspiración, que nunca se pudo comprobar. Y ahora formaba parte del entorno más cercano al nuevo presidente de facto.

Fito se puso a analizar los riesgos de enfrentar a un personaje como ese, justo en este momento de tanta incertidumbre política, pero no era el tipo de hombre que se asustara y diera marcha atrás. Su clienta era Raquel y la iba a ayudar, como había prometido.

Seguía yendo a los registros de la propiedad, buscando copias de escrituras y todo lo relacionado con las propiedades



de Rubens y cada día encontraba más y más cosas ocultas, lo cual lo obligaba a ser cada segundo más discreto.

Al poco tiempo, empezó a sentir que era seguido de cerca por un par de individuos y su instinto le decía que no eran de fiar. Un típico vehículo de las fuerzas de seguridad solía estar estacionado esos días frente a su oficina.

Esa tarde estaba citada Raquel, su clienta, para ponerla al tanto de los descubrimientos y de lo mucho que podría reclamar a su ex marido en un juicio por separación de bienes.

A la hora de la cita sonó el timbre y, creyendo que era Raquel, abrió la puerta confiado. Dos hombres de civil le mostraron credenciales de policía y le dijeron simplemente: “¡Debe acompañarnos!”.

Intentó resistirse y preguntó: “¿Por qué?”. Pero lo agarraron uno de cada brazo y sin más se lo llevaron por las escaleras. Lo subieron a uno de los dos autos sin identificación y lo trasladaron con premura a un edificio en Paseo Colón.

Recorrieron varios pasillos hasta una oficina sin ventanas, que tenía un catre, una silla y una mesa. Y allí pasó muchas horas solo. Le habían quitado sus pertenencias, incluido su reloj.

Horas después, un hombre mayor entró con agua. No dijo nada. No respondió preguntas. Cerró la puerta y se fue.

Pasó la noche allí, con nervios y frío. Nunca había vivido algo así. Y aunque quería estar tranquilo, no podía. Sabía que esto tenía que ver con Rubens. No pudo pegar un ojo. Pensó en su vida, en su soledad que siempre creyó perfecta. Y ahora allí encerrado y solo, era un enorme vacío.

Pasaron muchas horas. Tal vez más de un día. Recordó de pronto la sonrisa de Isabel, a la que más de una vez pensó en invitar, pero nunca lo hizo. Y ahora su memoria le daba nostalgia.

Tuvo tiempo de pensar en que, si salía vivo de allí, debería darse el gusto de conocer Bariloche, viejo y postergado anhelo. Pensó tantas cosas.

Al día siguiente, sin noción del tiempo, entró otra vez el mismo hombre, trayendo esta vez un sobre cerrado y las pertenencias que le habían quitado.

—¡Puede irse! Alguien lo espera afuera. —Presuroso, abrió el sobre. Una nota que solo decía: “ESTO SOLO FUE UN AVISO. R.R.”.

Al salir, lo esperaba emocionada Isabel, que lo abrazó llorando. Fito estaba confundido y a la vez agradecido de que ella estuviera allí.

Tomaron un taxi hasta su casa. Invitó a Isabel a subir. Ella le contó en el camino que Raquel le había avisado dónde estaba, después de haber hecho un acuerdo con su ex marido para lograr su liberación.

Ya más calmado, se bañó y la invitó a cenar a un restaurant cercano y por primera vez hablaron mucho de sus historias pasadas y de deseos pendientes. Rieron mucho y, por primera vez, se tomaron de las manos.

El tiempo pasó y, poco a poco, Fito e Isabel tuvieron su tan esperado romance.

Se dieron cuenta que tenían mucho en común. Isabel resultó ser una fantástica bailarina de tango, además de buena

cocinera y la mejor compañera. ¡Si hasta le gustaba acompañarlo al hipódromo!

Fito se amoldó a la vida de “a dos”. Ya casi no se reconocía.

Y un día, dos años después, pasaron por el registro civil de la calle Uruguay y partieron presurosos a Bariloche. Al regresar, el Fitito los esperaba estacionado en la puerta del departamento de la calle Bulnes. Los que conocían a Fito no lo podían creer. Los que conocían a Isabel no entendían como lo pudo lograr.

Jorge Salvador Salama  
[salama7@gmail.com](mailto:salama7@gmail.com)





## **Secretaría de Integración Social para Personas Mayores**

[www.buenosaires.gob.ar/personasmayores](http://www.buenosaires.gob.ar/personasmayores)



5030-9740



(+54 9 11) 5823-2884



/BAPersonasMayores



/BAMayores